

La Muerte de Munuza (Pelayo)

Por

Gaspar Melchor de Jovellanos

***Free*editorial** 

PERSONAJES

MUNUZA, Gobernador de Gijón.

PELAYO, Duque de Cantabria.

HORMESINDA, hermana de Pelayo.

ROGUNDO, señor principal de Gijón.

SUERO, amigo de Pelayo.

ACMETH-ZADÉ, jefe de la guardia del Gobernador.

KERIM, oficial moro.

INGUNDA, confidenta de Hormesinda.

Guardias de Munuza.

Ciudadanos de Gijón.

El teatro representará una parte del palacio del Gobernador, en cuyo atrio se supone la escena; otra, un resto de la ciudad de Gijón, y en él un fuerte que domine la marina, que deberá descubrirse en el fondo de la escena.

ACTO I

ESCENA I

ROGUNDO, SUERO.

ROGUNDO

No culpes mis temores, noble Suero;
siempre la desconfianza y los cuidados
habitan en los pechos infelices;
mas ya nada recelo.

SUERO

Don Pelayo
conoce mi lealtad. Señor, la carta
que os traigo desde Córdoba probaros

debe su confianza y mi obediencia.
¡Si supierais, Rogundo, cuán turbado
queda su corazón! Apenas puso
vuestras últimas cartas en su mano
el fiel Egila, cuando a su presencia
me hizo llamar. Me dijo: «Suero amado,
parte al punto a Gijón; dile a Rogundo
que queda mi amistad acelerando
la conclusión de todos los negocios
para volver a Asturias; que entretanto
resista las ideas de Munuza,
y en fin, que si recela algún osado
intento de su parte, que efectúe
sin mi presencia el prometido lazo
con mi hermana Hormesinda». Con sus cartas
tomé al punto el camino; pero en vano
os lo repito: siempre receloso
dudáis de mi lealtad.

ROGUNDO

En los quebrantos
que padece la patria, noble Suero,
debemos recelar de todo cuanto
se pone a nuestra vista. De Munuza
la política diestra ha granjeado
algunos corazones con astucias;
sólo los que se humillan a su mando
logran su confianza; los leales
viven entre cadenas. Sin embargo,
yo fío en tu lealtad. Nadie nos oye.
(Mirando a todas partes.)

Munuza va a oprimirnos. Si Pelayo
tarda en volver a Asturias, lloraremos
por su honor y su vida.

SUERO

¡Oh Dios sagrado!

Pues, ¿qué puede intentar?

ROGUNDO

Óyeme atento.

Aquel día terrible y tan infausto
para la triste España, en que Rodrigo
rindió al furor del bárbaro africano
nuestra gloria, su vida y su corona;
aquel día sangriento en que los llanos
de Jerez se sintieron oprimidos
de cadáveres godos, cuyos brazos
debilitó la cólera del cielo;
aquel día infeliz en que aumentando
con la sangre española sus corrientes
vio el turbio Guadalete revolcados
en su cieno los míseros despojos
del mejor trono y más ilustre campo;
aquel día, por fin, tan lamentable
que fue la época triste del estrago
en que yace la patria; desde entonces
las armas sarracenas inundaron
todas nuestras provincias; no hubo plaza
que no viese en su alcázar tremolados
los pendones alarbes, y aun nosotros,
que al septentrión de España retirados
y al abrigo de rocas y montañas

opusimos los pechos asturianos
por última defensa a sus violencias,
nos vimos oprimir de los contrarios
y sufrimos el peso de su yugo;
el robo, el sacrilegio, el desacato
y la profanación fueron resultas
del triunfo de los bárbaros; quemados
los templos, insultadas las matronas
y violadas las vírgenes, lloraron
las tristes consecuencias de aquel día
¡Día infeliz, con sangre señalado
en los fastos de España, tu recuerdo
triste origen será de eterno llanto!
Hecho el moro señor de toda España,
pensó en otras conquistas, y aspirando
soberbio a dominar el universo,
pasó los Pirineos; hoy los francos
sienten toda la furia de sus golpes.
Mientras ellos formaban temerarios
tan altivos proyectos, esta plaza,
que siempre fue de su ambición el blanco,
quedó sujeta al desleal Munuza
y una porción escasa de africanos
que la guarnecen. Todos por entonces
vivíamos tranquilos, esperando
de nuestra libertad el oportuno
y dichoso momento. ¡Ah, cuán errados
caminan en su juicio los mortales!
Tú sabes bien que apenas respiramos
lejos del vencedor, y que Munuza,

que gobierna a Gijón, tomó a su cargo
el agravarnos tan pesado yugo.
¿Cuándo, oh ciega ambición de los humanos,
triunfará la virtud de tus esfuerzos?
Podrás creerlo: este cruel sectario
del común opresor, duro instrumento
del impío furor del africano,
traidor a España, a la virtud y al cielo,
quiere elevar un trono soberano
sobre las tristes ruinas de su patria.
De este intento murmuran ya los cabos
moriscos sin embozo; pero él, diestro,
los sabe deslumbrar. ¡Ah!, si entretanto
no abrigase en su pecho otras ideas,
fuera menos temible; pero osado
su corazón aspira a mayor dicha.
No lo dudes, amigo: este tirano
triunfa, conspira y quiere sobre todo
enlazarse a la sangre de Pelayo.

SUERO

¿Qué me dices?

ROGUNDO

Sí, amigo, de su hermana
a cualquier precio logrará la mano.
Apenas de Gijón salió el Infante,
empezó con obsequios reiterados
a tentar la constancia de Hormesinda.
Político y amante, le observamos
emplear, por vencerla, hasta el suspiro;
pero viendo después que sus cuidados

se hacían importunos, cauteloso
los suspendió del todo, y entretanto
nos da tal cual indicio de un proyecto
que me llena de horror y sobresalto.
¡Oh justo Dios! La sangre de los godos,
que nuestros nobles pechos conservaron,
el premio a mis lealtades ofrecido,
vendrá a colmar las dichas de un tirano.

SUERO

Pero, señor, ¿podrá olvidar Munuza
que esta princesa desde tiernos años
está ofrecida a vos? ¿Que sólo faltan
las santas ceremonias para que ambos
os unáis en un lazo indisoluble?
Pues, ¿qué, vuestro valor, el de Pelayo,
la promesa, el honor, la amistad santa
y la fe sponsalicia...?

ROGUNDO

Tan sagrados
vínculos no detienen a un impío.
¿Y quién podrá hacer frente a sus conatos?
Siguiendo una política perversa,
este fiero opresor ha procurado
separar los estorbos que pudieran
oponerse a su furia. Soberano
absoluto del fuerte y de las tropas,
so color de inquietud aprisionados
los más de nuestros nobles, detenido
en Córdoba Pelayo, el gran Pelayo,
que sería nuestra única esperanza,

¿quién nos dará socorro? ¿Quién libramos
podrá de tanto riesgo? El mismo cielo,
contra nuestros delitos irritado,
nos entrega al furor de los infieles;
y abandonando su piadoso brazo
la nación otras veces protegida,
aun esta esclavitud que toleramos
es por ventura el miserable fruto
de los excesos nuestros.

SUERO

Y entretanto
¿será de nuestro aliento único empleo
la débil queja? Nuestro enojo airado,
¿aprobará el desprecio de las leyes?
¿Podréis sufrir vos mismo que, violando
los vínculos más santos, un perjurio
os venga a arrebatarse de entre los brazos,
con mano infiel, la prometida esposa?
¿Que el vil Munuza junte temerario
a su sangre la sangre de los godos?
Y este ilustre depósito fiado
al valor asturiano, esta reliquia
de la estirpe real, ¿será un temprano
fruto de sus traiciones, mientras quietos,
lentos los ojos de un cobarde llanto,
miramos el mayor de nuestros males?
¡Miserable de aquel que en el naufragio
de nuestra gloria ceda a la tormenta!
No, señor, aún nos resta el medio hidalgo
de ofrecer nuestra vida por las leyes,

los templos y el honor. Sepa Pelayo
que el suyo, aunque esté ausente, en todo trance
merece nuestro aprecio.

ROGUNDO

¡Honor sagrado!
¿Podrá ser nuestra sangre digno precio
de su conservación? Suero, yo alabo
tus consejos, y en ellos reconozco
cuál es mi obligación. Pero ¿has pensado
que yo soy tan cobarde que prefiera
la ignominia a la muerte? No, corramos,
entremos en palacio. Yo pretendo
ponerme en la presencia del tirano
a argüir su perfidia.

SUERO

Todavía
es temprano, Rogundo; más despacio
las heroicas empresas se meditan;
el ardor juvenil de vuestros años
os puede ser fatal si la prudencia
no le sirve de guía. Disfrazando
Munuza sus ideas con el velo
de una falsa amistad, ha procurado
ocultarlas a todos, y no es justo
que intempestivamente le arguyamos
por un delito de que sólo es reo
allá en su corazón... Al que es malvado
sus mismos artificios le descubren,
sus empeños le acusan. Si entretanto
llegase a penetrar vuestros celos,

o si vuestro dolor fiais al labio,
peligrará sin duda nuestra empresa,
sabr  Munuza precaverse, y cuando
corramos a echar mano del remedio,
ya no podrá el remedio aprovecharnos:
sólo ahora conviene el disimulo.

Vivan nuestros temores sepultados
en el fondo del pecho. En adelante
Dios abrirá camino.

ROGUNDO

Los cuidados
que llenaban mi alma de amargura
se templan con tus voces. Yo descanso
en tu noble lealtad y tus consejos.
Observemos, amigo, del malvado
Munuza las oscuras intenciones,
leamos sus ideas. Entretanto,
yo voy a consolar a la princesa
y a contarle tu arribo. De palacio
debe salir Munuza, y no quisiera
que viese en mi semblante mis cuidados.

SUERO

Idos, y no tem is. Yo aquí le espero
para hablarle de parte de Pelayo,
y porque mi venida no le sea
sospechosa... Ya llega... Retiraos.

ESCENA II

MUNUZA, ACMETH, SUERO, GUARDIAS.

MUNUZA

¿Qué me dices, Acmeth?

ACMETH

Señor, yo mismo

le vi llegar... Pero si no me engaño,

vedle allí... Aquel es Suero.

MUNUZA

Te aseguro

que su arribo me causa algún cuidado.

(Acercándose.)

SUERO

El duque de Cantabria, deseoso

de que sepáis el favorable estado

de sus ajustes con Tarif, me envía

a vos...

MUNUZA

Pues ¿cómo? ¿Adónde está Pelayo?

SUERO

En Córdoba, señor, y su embajada

se va ya a fenecer.

MUNUZA

Pero, ¿ha pensado

sin mi orden...?

SUERO

Cuando haya concluido

todas las comisiones de su encargo

no deberá esperar orden alguna

para volver a Asturias. Los cuidados

de su casa, y el ruego de Hormesinda,

claman por su regreso; sin embargo,
no sé qué diferencias suscitadas
por el jefe agareno le obligaron
a detenerse en Córdoba.

MUNUZA

Sí, aún debe
permanecer allí por tiempo largo:
los intereses suyos y los míos
y el bien de este país, todo está en mano
de Tarif; él le hará volver a Asturias
lleno de su favor. Pero Pelayo,
¿se halla en Córdoba bien? ¿De qué manera
los moros andaluces le han tratado?

SUERO

Bien conocen, señor, todos los moros
el mérito del duque; pero cuando,
a pesar de su sangre, sus virtudes
y la opinión que le adquirió su brazo,
quisieran escasearle los obsequios,
sólo en vuestra amistad funda el más alto
derecho a sus aplausos y favores.

Sin embargo, el amor que profesamos
todos a sus virtudes, las continuas
instancias de su hermana y el cuidado
de repetiros nuevos testimonios
de su amistad, pudieron algún tanto
disgustarle de aquella residencia.

También han concurrido sus vasallos
a turbar su sosiego: de Vizcaya
le avisan que la guerra en sus estados

ha vuelto a renacer; que Eudón y Pedro,
nobles de aquel país, conspiran ambos
por lograr del ducado las insignias,
y aunque los naturales a Pelayo
se conservaban fieles, su presencia
es allí indispensable mientras tanto
que duran las facciones. Y ¿quién sabe,
señor, si acaso tienen sus cuidados
un origen más grave y más oculto?

MUNUZA

Es justa su inquietud, pero el tratado
que ajusta con Tarif dentro de poco
podrá suministrarle medios hartos
de mejorar su casa y su fortuna.
Con mi amistad y la del africano,
deshecho de dos débiles rivales,
gozará sin recelo unos estados
que contra nuestro gusto no pudiera
conservar mucho tiempo; otros más altos
honos serán paga de su celo,
yo puedo asegurarlo. Y entretanto
no me olvido del vuestro. Cuidad mucho
de merecer los premios que os preparo,
y no los malogréis... Idos.

ESCENA III

MUNUZA, ACMETH.

MUNUZA

Amigo,
¿las noticias de Suero has escuchado?
Conozco que la suerte favorece
mis altivos proyectos; muy en vano
querrá volver Pelayo a ser objeto
del amor de estos fieros ciudadanos,
rebeldes siempre al agareno yugo;
al eco de mi voz irán notando
desde hoy quién es Munuza.

ACMETH

Yo no creo,
señor, que haya en Gijón quien temerario
ose poner en duda vuestro esfuerzo.
Vos sois aquí un monarca: todo el mando
de tierra y mar tenéis en esta plaza;
la guarnición, el fuerte, los soldados
y las galeras, todo os obedece.
Aun fuera de Gijón sólo un escaso
número de rebeldes se resiste
a daros la obediencia, y retirados
a los ásperos montes allí logran
un triste asilo en sus horribles antros;
pero toda la costa se os humilla,
y a vuestra voz rendido el asturiano
ni aun se atreve a llorar su cautiverio.

MUNUZA

¿Y qué? Porque los miras humillados,
¿te parece que puede su silencio
sosegar mi inquietud? No, los vasallos
que sojuzga el derecho de la guerra,

a su primer gobierno aficionados,
idolatran la sangre de los reyes
que les daban la ley; siempre aspirando
a recobrar el yugo primitivo,
abrigan en su pecho los más falsos
y pérfidos designios. Poco importa
que afecten someterse voluntarios
a una nueva coyunda; su obediencia
siempre es hija de un ánimo forzado;
el temor del castigo puede solo
reprimir su furor, y en estos casos
nunca ha sido prudente la blandura.

ACMETH

Pero, señor, ¿por qué con tal cuidado
alejáis de Gijón al de Cantabria?
Yo me acuerdo de un tiempo en que Pelayo
derramaba absoluto en vuestro nombre
favores y mercedes, entretanto
que vos, enamorado de Hormesinda,
sufrid que os lo recuerde, erais esclavo
de su tibio desdén y sus rigores.

MUNUZA

Yo lo confieso, Acmeth, el dulce encanto
de sus ojos, su noble compostura
y otros mil atractivos soberanos
que brillan en su rostro, a su belleza
mi pecho y mi albedrío sujetaron.
Pero este mismo amor es el motivo
que tiene ausente en Córdoba a su hermano.

ACMETH

¿El amor de Hormesinda?

MUNUZA

Sí. No culpes,
querido Acmeth, el fuego en que me abraso:
yo la adoro. Yo sé que me aborrece;
sé que espera Rogundo de su mano
la dulce posesión. Pero, no obstante,
a pesar de Rogundo y de Pelayo,
de su mismo desdén y de mi gloria,
pretendo ser su esposo.

ACMETH

¡Cielo santo!
¿Vos su esposo, señor?

MUNUZA

Sí, estoy resuelto,
y antes que acabe el día, a mi palacio
vendrá, donde le rinda humildes cultos
este pueblo feroz. He decretado
colocarla en mi lecho, ya lo dije;
ved si debí apartarla de su hermano
y aun librarme en Gijón de otros estorbos.
Vos estáis sorprendido, no lo extraño:
la idea es peligrosa; mas supuesto
que mi poder y el fuego en que me abraso
exigen este enlace, no hay peligro
que me pueda estorbar ejecutarlo.
Unido yo a la estirpe de los godos
por el ilustre enlace de su mano,
a pesar de Pelayo, vendrá un tiempo
en que mi amor reúna los sagrados

derechos de la sangre y de la guerra.
¡Ah!, si todas las ansias que consagro
a esta amable princesa, si mis ruegos,
mi eterna gratitud, mi humilde llanto
ablandan su desdén, si yo consigo
interesar el pecho que idolatro,
¡qué triunfo para mí tan halagüeño!

ACMETH

Perdonadme, señor, si recelando
de esta pasión las tristes consecuencias,
me atrevo a combatirla; el sobresalto
que ha producido en mí vuestro discurso
me tiene sin aliento... ¿Desde cuándo
pudo un ilustre pecho endurecido
debajo del arnés rendirse incauto
a las leyes de amor? ¡Qué! ¿Sufriremos
el rubor de mirar que los encantos
de una belleza humillen vuestro orgullo?
¿Y veremos sentada a vuestro lado
a una mujer altiva que os desprecia?
Vos os vais a perder, os lo declaro;
este pueblo orgulloso, que idolatra
la sangre de los godos, sin reparo
se opondrá a vuestro intento, y aun los mismos
que sin rumor vivieron despojados
de hacienda y libertad, harán furiosos
las últimas violencias y atentados
por conservar su honor. Estos insultos
fomentará Rogundo, a quien la mano
de Hormesinda robáis. Pero vos mismo,

¿despreciaréis las iras de Pelayo?
Y cuando su amistad no os interese,
¿no temeréis su odio? Venerado
por los nobles de Asturias como un resto
de la sangre real, sólo en su brazo
funda España su última esperanza.
Nacido al pie del trono, los palacios
de sus reyes le vieron en la cuna;
nuestras mismas victorias irritaron
su ánimo marcial; nuestras trincheras
vieron crecer este héroe peleando
al lado de Rodrigo, y su ardimiento
no abandonó las armas hasta tanto
que miró subyugados de su patria
los últimos confines. Retirado
a los montes de Asturias, tiene aliento
de dejarse rogar y aun de negaros
la mano de Hormesinda, y vos, no obstante,
¿despreciáis su rencor? Señor, yo os amo,
en vuestra gloria humilde me intereso;
pero temo...

MUNUZA

Ya lo he reflexionado;
no receles, Acmeth, están tomadas
las mejores medidas.

ACMETH

Pero, ¿acaso
los nobles de Gijón...?

MUNUZA

Los más altivos

gimen en el castillo aprisionados
bajo algunos pretextos especiosos,
y ya no temo el brío de su brazo,
que oprimen y enflaquecen las cadenas.
Mi cautela alejó de aquí a Pelayo,
y el celo de Tarif sabrá burlarse
de sus solicitudes, prolongando
la conclusión de una embajada inútil.
Si pretende Rogundo temerario
alegar la razón de sus derechos,
¿no sabré yo oprimirlo y aplacarlo?
Y cuando, en fin, todo este feroz pueblo
osare resistirme, los soldados
que lo guarnecen salvarán mi intento.
La menor inquietud pondrá a mi lado
los moros que se esparcen a la orilla
del golfo de Cantabria. A congregarlos
partió Kerim, que volverá muy presto.
Nada me da temor. Si con halagos
puedo vencer el pecho de Hormesinda,
será feliz mi suerte; mas si tantos
desvelos no la obligan, si no logro
la posesión de su adorable mano,
tiemble de mi furor España toda.
Esto ha de ser, Acmeth. A este palacio
debes tú conducirla de mi orden.
Ve a decirla mi amor y mis cuidados,
implora su piedad; mas, sobre todo,
si no bastan el ruego y el engaño,
usarás del poder y la violencia.

Kerim llega. Ya es tiempo, retiraos.

ESCENA IV

MUNUZA, KERIM.

KERIM

He corrido, señor, en vuestro nombre
desde la triple ara, que el romano
Apuleyo erigió en honor de Augusto,
hasta el último puerto colocado
sobre el inquieto océano de Asturias.
Las tropas sarracenas que a su cargo
tiene el fuerte Alahor en esta costa
se van ya de su orden congregando
y estarán prontas al primer aviso.
Impacientes y altivos los soldados
esperan alcanzar el honor alto
de seguir vuestra orden.

MUNUZA

Yo agradezco
su celo y tu obediencia. Mientras tanto
que tomo otras medidas, ve al castillo,
repasa su custodia, y a palacio
vuelve después a preparar la guardia;
sobre todo, Kerim, sigue los pasos
de Rogundo y observa sus acciones.
Acmeth de lo demás podrá informaros.
(Se va KERIM.)

ESCENA V

MUNUZA

En fin, bella Hormesinda, estos desvelos,
esta ardiente inquietud en que me abraso,
me abrirán un camino para el trono.

Yo aspiro a ser tu esposo, mas mi mano
no osaría enlazarse con la tuya
si no ganase un cetro. ¡Ah! si al halago
de regirle se ablandan tus desdenes,
dichosa la inquietud que te consagro.

De Gijón los soberbios moradores
te verán en mi corte y a mi lado,
ceñida la diadema; en tu presencia
doblarán la rodilla, y enlazados
de nuevo los leones y las lunas,
serán en mis insignias el espanto
de los pechos rebeldes. Miserable
del que a mi amor se oponga temerario.

ACTO II

ESCENA I

HORMESINDA, INGUNDA.

(HORMESINDA se deja ver en el fondo del teatro. Con aire muy triste y doloroso se va acercando al frente de la escena, con mucha pausa. INGUNDA la sigue, demostrando también su sentimiento con algunos ademanes de compasión.)

HORMESINDA

¿Adónde estoy? ¿A qué mansión horrible
me han conducido? Apenas los inciertos
pasos puede formar el pie cobarde.
Por todas partes el pavor y el miedo
se ofrecen a mis ojos, donde envía
la triste luz un resplandor funesto...
Para este nuevo horror... ¡cruel destino!
¿Me vuelves a la vida...? Yo preveo
los más terribles y funestos males
que me prepara un opresor violento,
y expuesta mi inocencia en este sitio
por blanco a sus furiosos, dudo, temo
y muero de dolor... ¡A qué funesta
situación me reduces, oh hado adverso!
¡Ay, hermano infeliz! ¡Ay, triste amante!
El dolor que amenaza vuestros pechos
redobla la amargura del que sufro.

INGUNDA

Consolaos, señora, y de mi afecto
oíd la voz.

HORMESINDA

Ingunda, no interrumpas
el curso de las lágrimas que vierto;
combatida de angustias y temores,
sólo hallará en el llanto algún consuelo
mi triste corazón.

INGUNDA

Pero, señora,
no os dejéis oprimir del sentimiento.
Yo miro enternecida vuestro llanto;

vuestro dolor es justo, os lo confieso;
pero antes de ceder a una congoja
es forzoso pensar en su remedio.

Una bárbara orden de Munuza
os tiene en su palacio; sus intentos
pueden conjeturarse; sin embargo,
yo no creo, señora, que violento
olvide en este día cuánto os debe
a vos y a don Pelayo de respetos.

Quizá pretende sólo...

HORMESINDA

Calla, Ingunda,
deja de atormentarme. El más violento
insulto cometido en mi persona,
¿no me hará recelar? Tus ojos vieron
con qué extremos de furia y de violencia
me condujo su guardia; ni mis ruegos
humildes, ni mis lágrimas amargas
pudieron reprimir el vil intento
del inflexible Acmeth. Abandonada
de mi familia, sola, sin consuelo
y en un mortal desmayo sumergida,
a este odioso palacio me trajeron
los crueles ministros de su orden,
y cuando vuelvo a recobrar mi aliento...
¡Oh Dios! ¡Mira qué objetos se presentan
a mis ojos! ¿Y qué, temer no debo
que Munuza atropelle mi decoro?
¡Ah!, después de este arrojó sus intentos
quizá pronto... Pero ¡ay!, en esta angustia,

¿quién me dará favor? Querido dueño,
tierno Rogundo, ¿Adónde está tu brío?
Hormesinda pelagra. Un rival fiero
insulta su virtud, y tú, tranquilo,
¿no corres a librarla? ¿Qué, el perverso
osará despreciar a la que adoras?
Pero ¡triste de mí! Quizá el afecto
de Rogundo... ¿Quién sabe si dudoso
ya no aspira a lograr un himeneo
que ha de costarle riesgos y combates?
No lo dudes, Ingunda: este silencio
que reina en el palacio de Munuza
convence mi desdicha; los extremos
y furias de Rogundo deberían
ser una prueba de sus ansias. Pero
Rogundo ya no me ama y me abandona.

INGUNDA

¿Y creeréis capaz de un sentimiento
tan vil al corazón que por vos arde?
¿Tan bajo proceder cabrá en su pecho?
¿Haréis vos a su amor constante y puro
agravio tan cruel? Si va a perderos,
cuando os va a ver robada y ofendida,
¿le añadiréis tan bárbaro tormento?
Quizá Rogundo ignora esta desdicha;
pero cuando penetre los proyectos
de Munuza, tal vez demasiado
pronto... ¡Ah, permita favorable el cielo
que su amor no acelere vuestra ruina!
En fin, si él olvidase sus derechos,

¿creéis que los valientes asturianos
no armarán su valor por defenderos?
A pesar de las artes de Munuza,
vos sabéis cuánto anhelan el momento
de sacudir un yugo intolerable;
el cielo está propicio a sus deseos;
el arribo de Suero os asegura
que vuestro hermano volverá muy luego;
entonces su presencia...

HORMESINDA

¡Ah, cuán en vano
pretendes adular mi sentimiento!
No da treguas el riesgo en que me hallo,
y en la presente angustia ya no tengo
quien me pueda librar de un brazo injusto.
El vil perseguidor, astuto y diestro,
supo ocupar en Córdoba a Pelayo,
y ¿quién sabe si acaso con su acuerdo,
cómplice en mi desdicha el jefe moro,
detiene allá con frívolos pretextos
la vuelta de mi hermano? ¡Ah, de qué tramas
no son capaces los alevos pechos!
Pero en tanto yo pierdo vacilante
un tiempo muy precioso. Amante tierno,
¿tú me abandonarás? No. Corre, Ingunda,
busca a Rogundo, dile... Pero, cielos,
Munuza viene aquí... ¡Qué horror, amiga!
Dile, dile que venga, o que yo muero.

ESCENA II

MUNUZA, HORMESINDA, ACMETH, KERIM, INGUNDA.

MUNUZA

(A KERIM.)

Kerim, haz que la guardia esté dispuesta
para el primer aviso.

(A ACMETH.)

Tú del pueblo
observa los semblantes, y a Rogundo
nunca pierdas de vista.

HORMESINDA

¡Justo cielo!

¿Habrà dolor que iguale al dolor mío?

ESCENA III

MUNUZA, HORMESINDA, INGUNDA.

MUNUZA

Ya, señora, mi amor y mis deseos,
llenos de la alta gloria de miraros
en esta habitación, se han satisfecho;
sin embargo, poseo esta fortuna
a costa de un dolor: el blando ruego
de Acmeth, que fue a llamaros de mi orden,
hubiera sido inútil, si los cielos,
privándoos de sentido, no se hubiesen
declarado por mí en aquel momento.
Saben ellos las fieras inquietudes

que este accidente conmovió en mi pecho.
Ya, en fin, bella Hormesinda, vuestros ojos
honran estas paredes, y ya os veo
donde debéis mandar como señora;
pero si acaso mi amoroso fuego
no os encuentra piadosa, si ahora mismo
mi tierno amor irrita vuestro ceño,
mucho dolor se mezclará a mis glorias.

HORMESINDA

Tan afligida estoy, que apenas puedo
dar el preciso aliento a mis palabras.
Vos habéis ultrajado mi respeto,
y a pesar del honor y la decencia,
por medio de un insulto el más horrendo,
me hicisteis conducir a este palacio.
Venís aquí a buscarme, y cuando espero
que me deis la razón de esta violencia,
sólo me habláis de amor. Pues ¿qué, mi pecho,
después de una desgracia tan sensible,
temerá otra mayor? Pero dejemos
de recordar una pasión odiosa;
mal podrá el corazón oír sus ecos,
lleno de otras más graves inquietudes.
Decidme, pues, señor, ¿qué grave exceso
me hace ser hoy objeto miserable
de vuestra tiranía? Cuando os veo
pronto a olvidar mi estado y mis mayores,
no sé si miro en vos un juez severo,
que intenta condenarme, o un tirano
entregado al furor de sus deseos.

Pero nunca, señor, las santas leyes
oprimen la inocencia, y yo sospecho
que vuestro proceder.

MUNUZA

Señora, en vano
baldonáis un delito, que mi afecto
debiera disculpar. El amor solo
ha podido inspirarlo, os lo confieso.
Pero cuando el ardor con que os adoro
no sirva de disculpa, el desdén vuestro
hará menor la ofensa. Apenas puse
mis plantas en Gijón, y apenas vieron
mis tristes ojos vuestro ingrato rostro,
os rendí el corazón. Un cruel silencio
retiró esta pasión de vuestro oído.
Yo resistí su impulso, y conociendo
que serían sin duda vuestras gracias
del todo inaccesibles a mi ruego,
solicité olvidaros. Por lograrlo
se esforzó el corazón; pero, ¡ah, cuán cierto
es que el amor arrastra el albedrío!
La misma resistencia y el silencio
atizaron el fuego de mi llama;
su ardor me hizo traición, rompí el secreto,
os declaré mi amor, y empleé en vano
ternuras y suspiros por venceros:
todo con vos fue inútil. Nada pudo
ablandar el rigor de vuestro pecho;
siempre un frío desdén fue triste paga
de mis ardientes ansias, y a mis ruegos,

envueltos en el llanto y la ternura,
siempre opusisteis un cruel desprecio.
Por completar mis males, don Pelayo,
que era cómplice acaso en vuestro ceño,
ingrato a mi amistad y mis favores,
pretendió destinaros a otro dueño.
Tal vez el corazón más reverente
sus límites señala al sufrimiento,
y así, cansado el mío de un desaire
injurioso a su ardor y su respeto,
supo dictarme un medio que aquietase
mi gloria y mi pasión a un mismo tiempo.

HORMESINDA

¿Y qué? ¿Debió aquietarse vuestra gloria
a costa de mi fama...? Ese vil medio
ofende demasiado mi decoro
y no pudo adoptarle vuestro ceño
sin vulnerar mi honor y el de mi hermano.

MUNUZA

Vuestro hermano no ignora que mis ruegos
fueron más de una vez desatendidos:
su ingratitud produjo estos extremos.

HORMESINDA

¿Y os parece bastante esa disculpa?
Pues, ¿qué, debió Pelayo en menosprecio
de una promesa santa lisonjearos
con vanas esperanzas, cuando el fuero
de los godos, la ley de las naciones,
el cielo y la razón dan un derecho
firme y sagrado al prometido esposo?

Vos sabéis que Rogundo fue el primero
que le arrancó la oferta de mi mano.
Por eso mi desdén en ningún tiempo
podrá justificar vuestra conducta;
él era sólo un natural efecto
del recato que siempre me inspiraron
la virtud, el honor y el nacimiento.
Vos lo hubierais notado, si miraseis
mis rigores con ojos más serenos.
Y ¿por qué presumís que yo, insensata,
tratase solamente de ofenderos
a vos, de cuya mano están pendientes
el bien y el mal de este infelice pueblo...?
El honor ha reglado mi conducta;
yo respeto sus leyes, y os protesto
que ellas solas me dictan estas voces.
Pero, señor, vos mismo, que en el centro
estáis de las grandezas y las dichas,
¿podréis desatenderlas...? No, no creo
que en vuestro corazón quepa esta mancha;
si al amor hasta aquí seguisteis ciego,
seguid ya del honor, que por mí os habla,
la religiosa voz, y obedeciendo
a sus inspiraciones, alejadme
de esta ingrata mansión, volvedme al seno
de mis padres, y haced que una infelice
pueda tranquila ver la luz del cielo.

MUNUZA

No, señora, ya es tarde. No es posible
revocar una empresa, cuyo efecto

debe ser mi quietud y vuestra gloria.
Vencido el primer paso, ya no puedo
volverme atrás. Un público desaire,
cuando estoy a la frente del gobierno,
tendría muy fatales consecuencias.
Vuestro hermano y Rogundo verán luego
que yo mando absoluto en este sitio,
y que nadie...

ESCENA IV

MUNUZA, HORMESINDA, INGUNDA, ACMETH.

ACMETH

(Que entra con alguna aceleración.)

Señor...

MUNUZA

Acmeth, ¿qué es esto?

ACMETH

A pesar de una inútil resistencia,

Rogundo...

MUNUZA

Acaba, di.

ACMETH

Se acerca.

HORMESINDA

¡Cielos!

Yo temo que se pierda.

ACMETH

Apenas supo

que estaba aquí Hormesinda, cuando lleno de orgullo, quiso averiguar qué causa la tenía en palacio. En el momento se dirigió a este atrio. Vuestra guardia se le quiso oponer, pero su esfuerzo, penetrando las picas... Mas él llega.

ESCENA V

MUNUZA, HORMESINDA, ROGUNDO, ACMETH, INGUNDA.

ROGUNDO

Yo venía, no sé si a pesar vuestro, señor, a dedicar a esta princesa mis humildes obsequios; pero advierto que me estorban el paso. ¿Desde cuándo le es a Rogundo ilícito el acceso hasta vuestra presencia?

MUNUZA

Desde hoy mismo; y esta es la última vez que mi respeto sufrirá una pregunta tan osada.

ROGUNDO

Los nobles de Gijón en otro tiempo con su presencia honraron este sitio; vos mismo les rogabais menos fiero viniesen a palacio; hoy, orgulloso, su entrada les negáis. Pues ¿qué misterios anuncia esta mudanza? ¿Qué, negarNos queréis una fortuna que violento

quizá usurpáis vos mismo? ¿Habéis pensado
disfrutar sin testigos el supremo
honor de acompañar a esta princesa?
Y sus fieles paisanos, que su aspecto
les consuela de pérdidas tan grandes,
¿no podrán dedicarla algún obsequio?
En fin, señor, ausente don Pelayo,
¿quién tiene más legítimo derecho
para velar sobre su suerte?

MUNUZA

Basta,
no puedo sufrir más. En este puesto
ninguno debe osar reconvenirme
sobre cuanto dispongo. A vos, al pueblo
y aun al mismo Pelayo, mi voz sola
puede dictarles leyes y preceptos.
Yo soy aquí absoluto, y en mi mano
se hallan reunidos los derechos
de una entera conquista.

ROGUNDO

¿Y la conquista
pudo adquiriros el poder violento
de profanar los vínculos más santos?
La fuerza y la invasión hicieron dueño
de esta ciudad al moro; pero el moro
contentó su ambición con el terreno,
sin pasar a oprimir nuestro albedrío.
¿Y vos queréis por un culpable exceso
extender el arbitrio de la guerra
hasta los corazones? Nuestros cuellos,

nunca sujetos a un extraño yugo,
¿se doblarán a vos? En fin, yo vengo
a que restituyáis a la princesa
al seno de su casa. Después de esto
yo no os disputaré las facultades,
y cualquiera que sea el poder vuestro
será para Rogundo en adelante
del todo indiferente.

MUNUZA

No gastemos
en frívolas razones los instantes:
retiraos al punto. Y os advierto
que no saldrá Hormesinda de este sitio
sin orden de Munuza. Idos, soberbio,
y agradeced a su presencia amable
que os dejo sin castigo.

HORMESINDA

Yo no puedo
sufrir tanto dolor.

ROGUNDO

¡Cruel! ¿Adónde
aspiran vuestros pérfidos deseos?
¡Hormesinda en poder del vil Munuza!
¿Olvidáis vos mi sangre y mis derechos?
¿Sabéis que soy el dueño de su mano?

MUNUZA

Sólo sé que su mano es un supremo
don que me ha reservado la fortuna.

ROGUNDO

¡Oh, gran Dios! ¿Qué es lo que oigo?

HORMESINDA

¡Santo cielo!

¿Aun faltaba este colmo a mis angustias?

¿Con que en fin vuestros bárbaros intentos
están ya declarados?

MUNUZA

Sí, señora,

yo os descubrí mi amor, y a cualquier precio
debo ser vuestro esposo. Los suspiros
que os dediqué, los repetidos ruegos
a que humilló el amor mis altiveces,
hicieron más difícil el intento
con vos y vuestro hermano. Este desaire
no ha de sufrir Munuza, y pues los medios
suaves y rendidos no han bastado,
quiero ver si aprovechan los violentos.

ROGUNDO

Pero, vil, los servicios de Pelayo,
el honor de Hormesinda, mis derechos,
¿todo será olvidado en un instante?
Y cuando destinado a este gobierno
debéis ser el custodio de sus leyes,
¿infiel a la amistad y al deber vuestro
seréis vos el primero que las viole?
¿Por ventura ignoráis que soy el dueño
de la adorable mano de Hormesinda?,
¿que autoriza mi dicha el mismo cielo?,
¿que un tratado solemne confirmado
en nuestros propios fueros...?

MUNUZA

Vuestros fueros
yacen con sus autores en la tumba;
los alegáis en vano. El sarraceno
es hoy legislador, y en adelante
no habrá en Gijón más ley que mis preceptos.

ROGUNDO

En fin, ya el labio impío ha declarado
todos vuestros sacrílegos intentos.
¿Pero esperáis que tan infame yugo
podrá sufrir cobarde nuestro pueblo?
¿Creéis que el infortunio ha desterrado
la virtud y el honor de nuestros pechos?,
¿que el amor a la patria, afecto santo
que dio siempre la ley en este suelo
y cuyo ardor jamás habéis sentido,
no nos podrá inflamar entre los hierros
que infelizmente arrastra nuestro brazo?
¿Nos juzgáis tan cobardes? No, perverso,
no creáis que en los pechos asturianos
cabe tan vil flaqueza. Esos proyectos
irritan demasiado su bravura;
gloriaros no podréis en ningún tiempo
de haberlos ultrajado impunemente.
Temed, traidor, que nuestro heroico esfuerzo
castigue la perfidia y sus autores.
Temed por vos y vuestros compañeros,
temed, en fin, que con el tiempo sea
de nuestra libertad su sangre el precio.
(A HORMESINDA.)
Entretanto, señora, consolaos,

y esperad de mi amor y mi despecho
que os sabré defender, buscando siempre
la venganza o la muerte.

MUNUZA

Deteneos.

Los moradores de Gijón no ignoran
cuánto vale mi voz, pero un ejemplo
hará ver de una vez quién es Munuza.

¡Hola, guardias!

ESCENA VI

KERIM, MUNUZA, HORMESINDA, ROGUNDO.

KERIM

Señor.

MUNUZA

Escucha.

HORMESINDA

¡Oh, cielos!

¿Qué intentará el cruel?

MUNUZA

Aseguraos

de Rogundo; llevadle con secreto
al castillo y cuidad de su persona.

HORMESINDA

Señor...

MUNUZA

Llevadle al punto.

ROGUNDO

Ya comprendo
cuál va a ser mi destino. Sin embargo,
espero que la cólera del cielo,
mirando tu crueldad y mi inocencia,
volverá contra ti todo su ceño.
Témelo, por lo menos, monstruo horrible.
La dicha no es durable en los perversos.

MUNUZA

Retírate, infeliz, y no presumas
que me irritan tus voces. Los dicterios
suenan mal en la boca de un rendido.

ESCENA VII

MUNUZA, HORMESINDA.

MUNUZA

Señora, aprovechaos de este ejemplo:
en él veréis la suerte que preparo
al que resiste altivo mis proyectos.
Idos a vuestro cuarto, y advertida
de que muy luego un público himeneo
nos debe unir; mi amor, aunque ofendido,
os conservó hasta ahora los respetos
que a vuestra edad y sexo se debían.
Sin embargo, sabed que el mismo afecto
que no cedió jamás a los desdenes,
cederá aun a la sombra de los celos.

HORMESINDA

Vos seguiréis el rumbo que os agrade.

Yo sé que mi opinión y mis alientos
están por mi desgracia en vuestro arbitrio;
mas no esperéis, señor, que el ardor vuestro
sea nunca aceptado de Hormesinda.

Firme siempre en su amor y sus intentos,
a su obligación y a su decoro,
jamás podrá aprobar vuestros deseos.

Contra la persuasión y los suspiros
se hallan tan prevenidos mis afectos
que intentaréis en vano sorprenderme
por este rumbo. En fin, si fiero
para rendirme usáis, como presumo,
de un violento poder, el justo cielo,
a cuya sombra la virtud respira,
sabrà poner a vuestra audacia freno.

(Se van HORMESINDA e INGUNDA.)

ESCENA VIII

MUNUZA, ACMETH.

MUNUZA

Anda, mujer ingrata; esos rigores
no podrán mitigar el vivo incendio
que mantiene en mi pecho tu hermosura.
Acmeth, tú ves cómo un rival soberbio
me insulta, aun oprimido en las cadenas;
que Hormesinda, a pesar del mismo sexo,
inmóvil a la vista del peligro,
descubre sin rebozo un odio eterno

al enlace que fino la preparo...
¿Y yo no he de triunfar de su desprecio?
¿Débil esclavo de sus bellos ojos
gemirá siempre en vergonzosos hierros
mi triste corazón, sin que le obliguen
un duro amor y unos amargos celos
a romper o estrechar el fatal nudo?
No puedo sufrir más. Yo me resuelvo
a celebrar este funesto enlace:
una vez declarado, a cualquier precio
se deben sostener los intereses
de mi amor y mi gloria. Parte al templo,
haz que todo al momento se prepare
para la ceremonia. Antes que el cielo
se cubra con las sombras de la noche,
quiero que se concluya este himeneo.
Corre... Pero, ¿tú dudas...? ¿Qué recelas?

ACMETH

Cuanto vos ordenáis en el momento
correré a ejecutar, pues sólo aspiro
a serviros rendido; pero debo,
señor, representaros que este golpe
va a destruir los rápidos progresos
que hicieron hasta aquí vuestras victorias.
Vos no ignoráis que habitan este pueblo
muchos bravos amigos de Rogundo,
que se van a irritar. El himeneo
que os enlaza a la sangre de Pelayo,
celebrado en Gijón por unos medios
tan duros y violentos, es forzoso

que mueva contra vos cuantos aceros
manejan los feroces asturianos.
Vos conocéis muy bien el ardimiento
de estos fieros y altivos naturales.
Criados en los montes, sus recreos
fueron siempre la lucha y los combates,
aun los brutos, señor, no están exentos
del golpe de sus mazas y sus chuzos;
y aunque pocos sabrán a vuestro intento
oponer una fuerza irresistible,
nos hallamos sin gente; está muy lejos
quien nos pueda ayudar, y sobre todo
nuestra causa es injusta, cuando ellos,
llevando la razón en favor suyo,
lidarán arrestados por sus fueros,
su libertad, su honor y sus hogares.
Señor, dejad que el disimulo, el ruego
y el tiempo mismo ablanden a Hormesinda.
Presentadle las glorias del gobierno
con mano menos dura, y ofrecedle
un amor más sufrido. El rendimiento
y la ambición podrán al fin vencerla,
y cuando no, señor, vuestros deseos
tienen siempre un recurso a la violencia.
Sufrid, pues.

MUNUZA

¿Y entre tanto seré objeto
del bárbaro desprecio de una ingrata?
¿La veré siempre sorda a mis requiebros,
mientras su amante en la prisión me insulta?

Y cuando sufro en mi abrasado pecho
un infierno de celos y de ansias,
¿queréis que el disimulo y que los ruegos
me expongan cruelmente a otros desaires?
No, Acmeth. Los males graves y violentos
no se pueden templar con lenitivos;
vea Gijón la llama y el acero
en mi mano, y aprenda a respetarme.
No obstante, estimo tu rendido celo,
y en prueba de que aprecio tus avisos
no marcharé al altar sin que primero
escuche mis razones Hormesinda.
Parte, pues, y ejecuta lo que ordeno.
(Se va ACMETH.)

ESCENA IX

MUNUZA.

MUNUZA

¡Hormesinda cruel! En este instante,
a pesar de tu odio y de mis celos,
la apacible memoria de tus gracias
inflama nuevamente mis deseos.
¡Tú triunfas, inhumana! Pero teme
de un amante celoso los extremos,
la muerte de tu hermano y de tu amante,
la ruina de tu patria; los funestos
efectos de mi furia y mi cuchilla
serán corta venganza de un desprecio.

ACTO III

ESCENA I

MUNUZA, HORMESINDA.

MUNUZA

Segunda vez mi enamorado pecho
quiere, bella Hormesinda, repetiros
las pruebas de su ardor y su fineza.
Vos me habéis irritado y ofendido,
pagando con desdenes mis bondades.
Yo pudiera vengarme; en este sitio
ninguno lo estorbara; vuestro hermano
en un clima distante está tranquilo;
suspira entre cadenas vuestro amante
en lo interior del fuerte; sus amigos
confiesan mi poder, y en Gijón nadie
es capaz de oponerse a mis designios.
Sin embargo, resuelvo perdonaros;
yo os amo tiernamente, y este fino
exceso de bondad lo persuade.
Únicamente atento a vuestro hechizo,
vos sola me ocupáis. Cuantos proyectos
la ambición y el amor me han sugerido,
todos han conspirado a vuestra gloria;
mis ideas promueve el cielo mismo,
y la fortuna, la ocasión y el tiempo

van de acuerdo con todos mis designios.
Vos sabéis que los moros, ocupados
en llevar el furor y el exterminio
al fondo de las Galias, penetraron
los Pirineos; que el furor activo
de innumerables tropas sarracenas
inunda aquel país; que divertido
el africano en esta heroica empresa,
abandona la España al desperdicio
de las tropas, y en tanto que sus huestes
asuelan la Gascuña, los castillos
y las plazas de Asturias se confían
a unos viles soldados, que vendidos
con oro y con promesas, están prontos
a seguir mi estandarte. En fin, yo aspiro
a hacerme proclamar por rey de Asturias
y a elevar mi fortuna y vuestro hechizo
al trono de Gijón. Pero, no obstante,
no creáis que el orgullo ha dirigido
mis ideas y altivas ambiciones:
sólo el amor constante que os dedico
las pudo sugerir. ¡Qué dulce gozo
inundará mi pecho, si consigo
ceñiros en Gijón la real diadema,
poniendo en vuestra frente el distinguido
adorno, a que los cielos os destinan!
De vuestra amable mano y vuestro arbitrio
penderán desde hoy los intereses
del español, los vuestros y los míos.
Por paga de una oferta tan ilustre

sólo exijo un pequeño sacrificio:
olvidad a Rogundo. Él será siempre
víctima de mis celos, y si digno
se cree aún de vos y vuestra mano,
sola esta presunción es un delito
que le hará triste objeto de mi enojo.
Él morirá celoso o preferido...

¿Pero yo he de deber esta victoria
a la venganza? Sé que a un rival digno
no vence otro rival, aunque le oprima;
sólo triunfa en amor el más querido,
y yo espero que arranquen esta dicha
de vuestra gratitud mis beneficios.

HORMESINDA

En vano lo esperáis. La fe obligada,
la virtud, el honor y el cielo mismo
me mandan que no acepte vuestros dones;
el corazón los mira agradecido,
pero aquellos sagrados intereses
conducen ciegamente mi albedrío
al legítimo lecho de Rogundo.

El trono, vuestra mano y los partidos
que me acabáis de hacer, llegarán nunca
a vencer mi constancia; los estimo,
señor, y al mismo tiempo los renuncio.
Veo también que vuestros beneficios
me harían infeliz. En fin, ¿qué gloria
podrá adquirirme el trono conseguido
al precio de una infamia, si ceñida
del augusto diadema, entre sus brillos

se dejase observar todo el oprobio
de una alma infiel en mi semblante escrito?

La ambición vive siempre muy distante
de los pechos virtuosos, y así el mío,
bien lejos de aceptar un trono injusto,
irá a ofrecer contento en sacrificio
al templo del honor los dones vuestros.

Pero, ¿por qué os persuado, si vos mismo
quizá me hacéis justicia interiormente?

Vos conocéis muy bien que sólo sigo
las leyes del honor y la decencia.

¿Y podré presumir que vuestro brío,
esclavo de un afecto pasajero,
que es hijo del acaso u del capricho,
las quiere atropellar indignamente?

Rogundo es ya mi esposo. Si los ritos
no han confirmado aÚn tan dulce nombre,
no por eso estará nuestro albedrío
más libre de las leyes que se ha impuesto.

Vos no las ignoráis, y yo confío
que sabréis respetarlas.

MUNUZA

Y entretanto,

¿queréis que de Munuza el nombre altivo
sea un objeto de burla al universo?

¿Queréis que sobre el trono a que yo aspiro
oscurezca mis glorias el recuerdo
de un público desaire, repetido
por el mismo rumor que las divulgue?

¿Queréis, en fin, que un pueblo que os ha visto

traer a mi palacio, y que conoce
mi amor, mis inquietudes y suspiros,
ose menospreciarme a vuestro ejemplo
y se opongá orgulloso a mis designios?
No, señora. Primero en su venganza
será Munuza escándalo del siglo
que se humille al extremo vergonzoso
de apreciar un estorbo tan indigno.
Rogundo morirá, y el mismo acero
que corte su cerviz tendrá otro filo
para romper, señora, el lazo odioso
con que se unen el vuestro y su destino:
tal debe ser su suerte si me ofende.
Pero si él mismo os cede habré cumplido
con el honor que me alegáis en vano.
Para evitar el triste precipicio
que preparo a sus locas esperanzas
es forzoso que elija este camino.
Y en fin, pues sus derechos nos estorban,
que él venga y que decida por sí mismo
de su suerte y la mía. Guardias, hola.

ESCENA II

(KERIM entra, recibe el orden y se va con los soldados.)
Traed aquí a Rogundo del castillo.

ESCENA III

(A HORMESINDA.)

Sus labios van a ser en este instante
árbitros de su vida y su destino,
y una palabra inclinará el decreto
hacia su libertad o su castigo.

HORMESINDA

Pero ¡cruel! Después de tantos males
con que se halla mi pecho combatido,
y cuando estoy cercada de aflicciones,
¿me obligaréis también a ser testigo
de esta prueba cruel? ¿Podré tranquila
ver turbado a mi esposo e indeciso
entre la muerte y el rubor? Dejadme
a lo menos que huya de este sitio,
donde va a ser mi mano desgraciada
triste asunto de horrores y peligros.

Permitid...

(De rodillas.)

MUNUZA

Deteneos.

HORMESINDA

¡Cielo santo!

Rogundo viene.

ESCENA IV

ROGUNDO

¡Oh Dios! ¿qué es lo que miro?

¡Así triunfa el traidor de la inocencia!

MUNUZA

(A ROGUNDO.)

Acercaos, señor; vuestro enemigo
no ha resuelto del todo vuestra ruina.
Si queréis, aún os queda algún partido
para salvar la vida; aprovechadle,
y respetad la fuerza del destino.

ROGUNDO

Para las almas nobles no es la vida
el más sublime don. Son harto indignos
los que al buen nombre y fama la prefieren.
Creedlo así, y hablad.

MUNUZA

De mi cariño
bien podéis prometeros uno y otro.
Un próximo himeneo debe unirnos
a mí y a la princesa. Ya están prontos
el aparato, el templo y el ministro,
y antes de mucho tiempo un lazo augusto
del todo habrá enervado y destruido
unos derechos que oponéis en vano;
y pues debe la fuerza suprimirlos,
creedme, y renunciadlos desde luego.
Sólo para esto os llamo. Si vencido
a mi razón, cedéis el nombre inútil
de esposo de Hormesinda, yo me olvido
de todos mis disgustos; mas si acaso
os empeñáis tenaz en producirnos
un título ideal e imaginario...
Si opuesto nuevamente a mis designios,

os obstináis en disputarme el logro
de un corazón a quien mi fe dedico,
temed... Pero no quiero recordaros
hasta dónde pudiera, resentido,
llevar mi justo enojo sus extremos.
Contemplad mi pasión para inferirlos.

ROGUNDO

¡Idea vil, proposición infame!
¡Ay, infeliz princesa! Ya el destino
envidia nuestra dicha y la combate.
Munuza, en un discurso tan indigno
ya no debo admirar vuestra malicia;
este último rasgo dirigido
a sobornar o amedrentar mi afecto,
esa falsa bondad y ese artificio,
son un objeto vil, pero forzoso,
de vuestra tiranía. Sólo admiro
que el más sagaz de todos los tiranos,
que el impostor más diestro haya querido
fiar a una experiencia tan inútil
el suceso de todos sus designios.
Yo penetro hasta el fondo vuestras viles
intenciones. Conozco que un suplicio
será efecto fatal de mi respuesta.
Pero, ¿cuándo han logrado los peligros
turbar a un corazón enamorado?
¡Ved si a vuestro furor cederá el mío
unos derechos santos e inviolables,
de que a mi vista os reputáis indigno!
Dejo aparte los medios indecentes

por que aspiráis, amante poco fino,
a un sublime favor que se conquista
sólo con rendimientos y suspiros.
Dejo aparte también una promesa
establecida sobre el nombre altivo
del ilustre Pelayo, y confirmada
con el voto común de los patricios
de esta noble provincia. No recuerdo
mis grandes ascendientes, confundidos
en la real prosapia. Pero, cuando
no tuviese mi amor estos precisos
y sublimes apoyos de su parte,
¿sería yo un amante tan indigno
que abandonase el campo y la victoria
a un rival orgulloso y mal nacido?
¿Os podéis prometer de mi constancia
una acción tan infame? No, yo estimo
con demasiado ardor esa esperanza
que os tiene tan celoso, y los castigos
no me harán renunciarla en ningún tiempo.
Sé que voy a morir; vuestro artificio
para usurpar un pecho que idolatro
me expone a dos mortales precipicios.
Pero antes de feriar la amistad vuestra
al precio de una infamia, determino
comprar con una muerte heroica y grande
la gloria de triunfar y resistiros.

(A HORMESINDA.)

Sí, señora, yo sé que la vil rabia
inspira a los tiranos abatidos

la venganza de todos sus desprecios.
No es el que nos oprime más benigno,
y sé que he de morir, pues le disgusto.
Pero, en fin, si yo muero honrado y digno
de vuestro tierno amor, muero gustoso.
¡Ojalá que la muerte y los suplicios
hagan en vos eterna mi memoria!

HORMESINDA

¡Qué terrible dolor!

MUNUZA

¿Habrá nacido
hombre más insolente? ¿Conque, ingrato,
no os basta despreciar con pecho altivo
vuestra vida, mi gloria y mis favores,
sino que osáis, soberbio y atrevido,
insultar mi bondad? Y cuando puedo
(A HORMESINDA.)

con sola una palabra destruirlo,
cuando al favor de mi piedad respira,
¿debo vivir expuesto a los indignos
y groseros baldones del ingrato?

(A KERIM.)

Hola, que le preparen un suplicio.

HORMESINDA

Bárbaro, ¿qué intentáis?

MUNUZA

Kerim, llevadle.

HORMESINDA

(De rodillas.)

Señor...

ROGUNDO

(A HORMESINDA.)

No le roguéis. Yo os lo suplico.

Dejadme ir a morir, que pues no puedo
vivir en vuestros brazos, determino
perpetuar con mi muerte el dulce nombre
de esposo vuestro.

(A MUNUZA.)

Sí, cruel, sí, impío,
por más que suspiráis por esta dicha,
no sabéis su valor ni sus hechizos,
y vuestro corazón es muy pequeño
para poder juzgar cuánto la estimo;
pero venid a verlo en mi constancia:
destrozadme, saciad vuestro apetito.
Hiere, cruel, embriágate en mi sangre,
sea yo desde ahora objeto fijo
de tu vil rabia; pero ten por cierto
que a vista del horror de tus suplicios,
cercado de las sombras de la muerte,
lleno de sus angustias, y en el mismo
umbral del hondo reino del espanto,
se ocupará mi corazón tranquilo
en la apacible y venturosa idea
de un nombre tan augusto, nombre digno
de conservarse al precio de mil vidas.
Título santo que el favor divino
concedió a mis legítimos deseos,
tú serás en el último conflicto
mi gloria y mi consuelo.

(A MUNUZA.)

Sí, tirano,
y será al mismo tiempo tu martirio.

Vamos, Kerim.

(A HORMESINDA.)

Adiós, infeliz dueño.

(HORMESINDA cae como desmayada en los brazos de INGUNDA. MUNUZA se arroja en un sitial que habrá prevenido a un lado del teatro; KERIM y la guardia conducen a ROGUNDO; al tiempo de salir entra ACMETH apresurado, los detiene, y va en busca de MUNUZA.)

MUNUZA

¡Qué osadía! No sé cómo reprimo
mi cólera...

(A KERIM.)

Quitadle de mis ojos
y que expire al momento en el suplicio.

ESCENA V

ACMETH

(A KERIM.)

Deteneos, señor.

(A MUNUZA.)

Señor.

MUNUZA

¿Qué es esto?

ACMETH

Yo daba en este instante los precisos
órdenes en el templo, cuando escucho
por todas partes tumultuosos gritos

de alegría. Pregunto, receloso,
cuál de esta conmoción es el motivo,
y acabo de saber que cuando todos
estaban en Gijón desprevenidos
vieron llegar al duque de Cantabria.

MUNUZA

¿A Pelayo?

ROGUNDO

¡Oh, gran Dios!

HORMESINDA

Cielo propicio,
¡en qué forzoso instante nos le vuelves!

MUNUZA

Yo no sé dónde estoy... Un repentino
furor...

(Levantándose con susto.)

¡Ah, vil fortuna!

(A ACMETH.)

Pero ¿adónde...?

ACMETH

Luego que tuve tan extraño aviso
me encaminé, señor, hasta su casa;
allí le pude ver entre el bullicio
de inmensa gente que le rodeaba,
y por no perder tiempo, hacia este sitio
vuelvo...

MUNUZA

¡Qué triste acaso!

(Volviendo a ACMETH.)

Escucha: al punto

haz que a Rogundo lleven al castillo
y a Hormesinda a su cuarto.

(MUNUZA se vuelve a arrojar en el sitial, donde guarda por un rato un profundo silencio. Entretanto KERIM entra por la puerta del castillo con ROGUNDO, y ACMETH por otra parte con HORMESINDA, y este último vuelve y se acerca a la silla con silencio, sin que MUNUZA repare en él.)

ESCENA VI

En fin, Fortuna,
tú has logrado abatirme. Tus caprichos
han agotado toda mi constancia.
¡Mujer inexorable! Fiero hechizo
de un corazón que adora tus desdenes,
yo cedo a tu rigor y a mi destino
(Se levanta.)

Pero, ¡cruel, el tuyo está en mi mano
y me quiero vengar!

(A ACMETH.)

Querido amigo,
tú ves las confusiones que me cercan;
dirige mi razón, muestra un camino
de mitigar mis ansias.

ACMETH

Sólo es tiempo,
señor, de que penséis en preveniros
para sufrir la vista de Pelayo.
Él vendrá aquí quejoso y ofendido;
vos le debéis templar y proponerle,
antes que él os descubra, los designios

que, una vez declarados, ya es forzoso
sostener con vigor. Pero imagino
que él se acerca a nosotros.

MUNUZA

Pues bien, marcha,
y no te alejes.

ESCENA VII

MUNUZA, PELAYO.

MUNUZA

Bárbaro destino,
tú me humillas aun al que aborrezco.

(A PELAYO.)

En fin, señor, el cielo se ha movido
a mis frecuentes ruegos, pues os trae
tan presto a mi presencia. Los avisos
que Suero en vuestro nombre me había dado
suponen a Tarif muy indeciso
sobre mis pretensiones.

PELAYO

Mis instancias
y el amor que os profesa le han vencido.
Mi celo, acelerando los tratados,
los concluyó por fin, y con un vivo
deseo de llegar... Pero, Munuza,
perdonad si dilato el instruiros
de vuestros intereses, y entretanto
que cesa mi zozobra, cuanto miro,

cuanto escucho y advierto me sorprende.

Arrestado Rogundo en el castillo,
reclusa en el palacio la princesa,
turbado vos, el pueblo conmovido,
mudos y misteriosos los semblantes,
todo me hace temer algún designio
en que quizás se ofende mi decoro.

A la verdad, después de mis servicios
y pruebas de amistad, yo no debiera
recelar que Munuza ha perseguido
el honor puro de un amigo ausente;
pero mil conjeturas, mil indicios
me llenan de zozobras, y os acusan.

MUNUZA

Señor, pues me hacéis cargo de un delito,
hijo de una sospecha, sin dar tiempo
a que me justifique, ya es preciso
enteraros de todos mis intentos;
pero antes permitid a mi cariño
que os recuerde las gracias singulares
hechas a vuestra patria y a vos mismo.

Cuando Asturias yacía sepultada
debajo de sus ruinas, y el pie altivo
del africano hollaba este terreno
como su vencedor, los beneficios
que repartió la diestra de Munuza
templaron de un despótico dominio
y un cautiverio el insufrible yugo;
colocado en Gijón, a sus vecinos
y a los próximos pueblos dicté leyes,

no como sustituto de un altivo
conquistador, sino como un patriota
que sentía mirarlos oprimidos.
La nobleza de España y de los godos,
a quien la guerra retiró a estos riscos,
halló bajo el amparo de Munuza
un inviolable y natural asilo;
vuestros altares, leyes y costumbres
tuvieron un pacífico ejercicio,
y de esta capital los moradores
lograron mi amistad. Muy buen testigo
sois vos de la blandura de un gobierno
que en mano menos suave hubiera sido
un ejemplo quizás de las miserias
que suelen oprimir a los vencidos.
Pero nadie de todas mis bondades
en este clima pareció más digno
que el hijo de Favila; a mi confianza
os admití, tratándoos como amigo,
y despreciando la razón de estado,
que os hacía temible al berberisco;
el presuntivo sucesor del trono
que perdieron los godos, distinguido
se vio con la privanza de Munuza.
Para afianzar más bien nuestro cariño
os pedí a vuestra hermana; mi ternura
os creyó favorable a este designio.
Sin desdeñar la súplica mi labio
imploró vuestra alianza, y vuestro oído
escuchó con asombro el ruego humilde

del que era a pesar vuestro en este sitio
árbitro soberano de las vidas;
pero vos, inflexible, mis suspiros
apreciasteis tan poco que un desaire
selló vuestra respuesta. En los principios
resolví con las armas en la mano
vengarme de esta ofensa, y el castigo
en el primer arranque de mi enojo
igual con el agravio hubiera sido.
Pero amor y amistad me contuvieron.
Yo esperaba encontraros más propicio
con el tiempo, y que fuese vuestra hermana
menos fiera algún día a mis suspiros.
¡Ah, cuánto me engañaba! ¡Cuán en vano
luchaba con la fuerza del destino!
¡Cuán sin fruto formaba un alto intento,
cuya ruina trazaban mis amigos!
En fin, para quitar todo recurso
a mi ardiente esperanza, habéis querido
acelerar la dicha de Rogundo.
Mi fe vio con horror que en este sitio
se iba a encender la antorcha de Himeneo;
la amistad y el honor desatendidos
me irritaron contra un odioso enlace,
y disponiendo un desagravio digno
de tan atroz ofensa cuando todos
respetaban mi voz, ahora mismo
Munuza va a ser dueño de Hormesinda.

PELAYO

¿De mi hermana? ¡Gran Dios! ¿Qué me habéis dicho?

¿Sois vos el que me habláis? ¿Estoy acaso
soñando lo que escucho? ¡Intento impío,
idea atroz, proyecto abominable!

En fin, tu amistad falsa me ha vencido,
tu vil labio confirma mis sospechas
y tu mismo rubor era un indicio
de esta traición... Pero Rogundo acaso...

MUNUZA

Insolente Rogundo se ha atrevido
a ultrajar mi respeto; ya le aguardan
por paga de esta ofensa otros castigos;
y pues debe morir, ninguna causa
os debe hacer contrario a mis designios.

PELAYO

Y qué, ¿no hay más estorbos que resistan
vuestra ambiciosa idea? ¿Os creéis digno
de que mi honor consienta en este enlace?
¿Y os parece tan fácil que el sobrino
del último rey godo, a cuyas sienes
se debe la corona de Rodrigo,
quiera entregar la mano de su hermana
a un partidario infiel del berberisco?
Sin duda el cielo próspero da vuelta
para estorbar tan pérfido designio.
Y en vano alegarás en favor tuyo
una falsa amistad, cuyos principios
fueron el interés y la perfidia;
amistad vergonzosa, que abomino,
lejos de agradecerla...

MUNUZA

Sin embargo,
aún os es favorable, pues reprimo
mis justas iras y sufro estos baldones.
Vos estáis en Gijón, y yo me humillo
a implorar nuevamente vuestro agrado.
A esta atención me obliga mi cariño;
pero advertid que sin el gusto vuestro
puedo llevar a efecto mis designios
y ponerlos con sola una palabra
en situación de ser menos temido.
No obstante, desde hoy los intereses
de vuestra casa van a ser los míos,
si aprobáis este enlace; y desde luego
la corona de Asturias será digno
adorno de las sienes de Hormesinda.
Con mi amistad, mi alianza y mis auxilios
podréis asegurar unos estados
cuyo derecho está muy indeciso.
Estas y otras brillantes esperanzas
os pueden lisonjear, si más benigno
mi súplica otorgáis. Pero si ingrato
ajáis con un desaire repetido
mi decoro, temed que a la blandura
sucedan el estrago y los cuchillos.

PELAYO

Así vuestra política perversa
usa de los más viles artificios
para lograr sus pérfidas ideas.
Pero en vano intentáis a mi honor limpio
poner ese borrón abominable.

Pues, ¿qué, vos aspiráis desvanecido
a usurpar de Gijón el cetro augusto?
¿Esta nueva traición será un motivo
que me obligue a cederos a mi hermana?
Vos pretendéis por medio de un delito
comprar una injusticia, y muy ufano
me ofrecéis de Vizcaya el señorío
para empeñarme en una acción infame.
Tal es vuestra amistad, y estos designios
sediciosos descubren su carácter.
Poco contento con haber vendido
la religión, las leyes y la patria
al interés soez de ser caudillo
de un ejército infiel, y muy soberbio
con un poder infame, conseguido
a fuerza de delitos y traiciones,
queréis con este enlace esclarecido
cubrir todo el oprobio que os humilla.
Así las consecuencias de un delito
son siempre otros delitos más odiosos;
y así por la ancha senda de los vicios
quien dejó a la virtud va deslumbrado,
cayendo de un abismo en otro abismo.
¿Hasta cuándo estaréis, oh Dios eterno,
sordo al clamor, inmóvil al gemido
de vuestro triste y humillado pueblo?
Ved cómo contra él enfurecidos
se elevan los tiranos. Pues, ¿qué, España
no podrá sacudir el yugo indigno
sin doblar la cerviz a otro más duro?

No lo esperéis, traidor; entre estos riscos
conserva nuestra patria muchos brazos
que en este trance lucharán altivos
hasta romper los vergonzosos hierros.
Aún viven españoles; tiembla, impío;
persiguiendo a mi ejemplo a sus tiranos,
ellos sabrán matarlos, destruirlos.
(Se va PELAYO.)

ESCENA VIII

MUNUZA

¿Aún faltaba esta prueba a mi constancia?
¡Con qué fiero tesón, astro enemigo,
desconciertas y turbas mis proyectos!
Pero el fatal influjo del destino,
¿podrá más que mi rabia? Hola, soldados.

ESCENA IX

ACMETH

Señor.

MUNUZA

Querido Acmeth, yo estoy perdido;
anda, busca a Pelayo, y con secreto
procura asegurarle en el castillo;
contigo irá mi guardia.

(ACMETH se retira y vuelve.)

Pero, escucha,

este paso quizás será un motivo
de sedición para los mal contentos;
el golpe es arriesgado... Sí... Es preciso
seguir un rumbo menos peligroso.
Esto ha de ser. Ve al templo; que el ministro,
la pompa y los altares estén prontos
para esta noche. ¡Ingrato y fiero amigo!
Mi intento y mi venganza están seguros.
La esposa y el rival tengo a mi arbitrio:
búrlate de mi alianza y mis favores,
que yo haré que respetes mis designios.

ACTO IV

ESCENA I

PELAYO, SUERO y algunos ciudadanos de Gijón. Noche.

PELAYO

Suero, ¿qué me decís?

SUERO

Que he registrado
el palacio, y en él todos descansan.
Acmeth se ha retirado en este instante
del cuarto de Munuza con la guardia;
Hormesinda también queda en el suyo.
Yo la vi. que medrosa y asustada
se acercó a preguntarme por su hermano.
Ella está inconsolable, y recelaba

de la misma quietud de su enemigo
alguna infiel resulta; pero, gracias
al cielo, por ahora no hay sospecha
que nos pueda asustar.

PELAYO

¡Oh, dulce patria!

¡Oh, amable libertad! En favor tuyo
buscan la oscuridad las nobles almas.

Ilustres caballeros, resto heroico
de la temible y oprimida España,
altivos corazones y briosos,
que agobiados del peso de las armas,
vecinos siempre al jabalí y al oso,
conserváis vuestra hacienda y vuestras casas
en la inculta aspereza de estos montes;
vosotros, que debéis a vuestra espada
la posesión de los paternos lares,
la libertad, las leyes y las aras,
y vosotros, en fin, cuyos abuelos
jamás sintieron su cerviz doblada
a un extranjero y usurpado yugo,
vais a ver en un punto sepultadas
vuestras glorias, a ser esclavos viles
y a venerar las lunas africanas.

El destino que hoy lloran las provincias
que están al sur de Asturias retiradas
va a ser el nuestro, y dentro de estos muros
veréis que de repente se levanta
un trono infiel a quien el asturiano
inclina la rodilla. Con las armas

del bárbaro agareno, a nuestros ojos
un traidor a los cielos y a la patria,
el perverso Munuza, va a mostrarse
en Gijón como único monarca
y a imponernos la ley, ensangrentando
en nuestros cuellos su cobarde espada.
La sangre ilustre de los reyes godos,
que aún conservan las venas de mi hermana,
los restos de una estirpe casi extinta,
ya es un objeto a la ambición tirana
del malvado opresor, y esta infelice,
después de haberse visto atropellada
por los viles ministros de un impío,
se destina a ser víctima en las aras
de su indecente amor, en menosprecio
del legítimo esposo: oscura mancha,
que no podrá borrarse en ningún tiempo.
Pero pluguiera a Dios que esta desgracia
formase únicamente nuestro susto.
Yo temo otras más graves, que mi alma,
llena de un justo horror, presiente y llora.
¿Quién de vosotros puede tolerarlas?
La descendencia de Ismael precita
vendrá a reinar en la nación más santa,
y a la torpeza vil de los sultanes
las ilustres doncellas destinadas
poblarán la clausura de un serrallo.
Los jóvenes, honor de nuestra España,
consumidos del llanto y las fatigas,
fallecerán cautivos en su patria.

Gemirá el tierno niño en las mazmorras,
y en el común desorden aun las canas
no podrán eximirnos del oprobio.

¡Oh, inefable dolor! La augusta casa
de Dios, do resonaban nuestros votos,
será en mezquita impura transformada.

Al sacerdote santo del Dios vivo
el musulmán remplazará en las aras;
y en fin, el Alcorán será bien presto
fea sustitución de la ley santa.

¡Oh, Dios, sólo este colmo de desdichas
podrá fijar vuestra adorable saña!

Tal es, bravos amigos, el destino
que el pérfido Munuza nos prepara,
y muy luego, sin un heroico esfuerzo,
la tempestad horrible que amenaza
va a descargar sobre vosotros mismos.

Pero, ¿qué, en tan funestas circunstancias
no habrá un noble recurso a las proezas
del valor español? ¿Qué, vuestra fama
se dejará manchar tranquilamente?

Leed en sus anales que la espada
de nuestros padres supo en otro tiempo
asustar a las águilas romanas...

Codiciosa, Cartago vuelve a Asturias,
rompe este suelo y mira en sus entrañas
el oro, por que en vano combatía...

Sí, amigos valerosos, nuestra patria
se debe restaurar a cualquier precio,
y esta noble provincia, que en España

fue la postrera en tolerar el yugo,
la primera será que con las armas
de sus fieros patricios le sacuda.
El tiempo de una empresa tan bizarra
es el último instante del peligro;
ya nos vemos en él, está cerrada
la puerta a otros recursos. Uno solo
tenemos, que es lidiar por nuestra patria,
comprando con la vida que nos resta
la muerte o la victoria.

SUERO

¿Qué desgracias
podrían entibiar el amor santo
que abriga nuestro pecho? Augusta España,
¿quién podrá consentir en tu desdoro?
Señor, creed que nuestra ardiente espada
os seguirá hasta el borde del sepulcro;
y pues cada uno de nosotros trata
de conservar su honor y sus hogares,
no habrá quien no derrame por la causa
común toda la sangre de sus venas.
Sin embargo, al presente es arriesgada
cualquiera acción. Munuza a su albedrío
dispone de las tropas. Esta plaza,
por parte del poniente defendida
de un gran fuerte, por otras rodeada
del ancho mar, no tiene más salida
que una muy peligrosa, y será vana
cualquiera tentativa, si el auxilio
de los vecinos pueblos no separa

este estorbo fatal. Quizá sería
nuestra empresa, señor, más acertada
si, tomando algún tiempo, se avisase
a los nobles dispersos que se hallan
en lo interior de la provincia.

PELAYO

Amigo,

cuando el riesgo es urgente, la tardanza
y lentitud destruyen las empresas.

A la nuestra, movida por la causa
del cielo y del honor, ningún peligro
debe servir de estorbo; nuestras armas,
aunque son hoy en número inferiores,
crecerán por momentos. Las quebradas
rocas de esta provincia son asilo
de muchos combatientes que la saña
del vencedor evitan en sus grutas
y al más leve rumor de las espadas
correrán a engrosar nuestras legiones.
¡Cuántos también en lo interior de España
gimen en un preciso cautiverio,
que vendrán a alistarse a esta comarca
bajo nuestro estandarte tremolado!
Y ¿qué tropas, en fin, qué heroicas armas
opondrán a las nuestras los traidores?
El ejército infiel se ocupa en Francia
en derribar los tronos que los godos
tienen allí erigidos; y las plazas
de Asturias, de León y de Galicia,
se rinden hoy a una porción escasa

de soldados alarbes que las cercan.
Ánimo, pues, amigos; nuestra patria
va a deber al valor de vuestro brazo
su libertad. ¡Qué gloria tan hidalga
para un patriota fiel!

SUERO

Señor, tus voces
nuestra razón y nuestro pecho inflaman:
la inquietud que advertís es una seña
del asenso común, y nuestra espada
estará pronta a herir en el momento
que vos habléis; pero esta acción bizarra
necesita un caudillo. Y pues el cielo
conserva en vos la esclarecida rama
de nuestros reyes, sedlo desde ahora;
y entretanto que Asturias, ayudada
de sus nobles, sobre un luciente escudo
levanta en vos a su primer monarca,
dignaos de aprobar nuestros deseos.

PELAYO

Mi amistad los acepta.

SUERO

Ya está echada
la suerte; hablad, señor.

PELAYO

Vamos al punto
a disponer el modo, y pues la saña
del opresor encierra en el castillo
a muchos de los nuestros, cuya espada
lidiará a nuestro lado, en socorrerlos

pensemos desde luego.

(A SUERO.)

Tú repara

en tanto las ideas de Munuza,
y pues no le eres sospechoso, guarda
con él una discreta indiferencia;
quizá esta precaución es necesaria,
y en cualquier contratiempo nos conviene
penetrar sus ardides y sus trazas.

Idos. Al punto os sigo. Quiera el cielo
volver por nuestro honor y el de su causa.

(Se van todos menos PELAYO.)

ESCENA II

PELAYO

Grandes e ilustres manes de los héroes
que oprimieron las furias africanas,
triste sombra del mísero Rodrigo,
augusta religión, promesas santas,
ya ha llegado por fin aquel momento
en que deben los filos de esta espada
castigar tanto ultraje padecido.

Con la sangre de Agar, que nuestras lanzas
van a extraer de los traidores pechos,
se lavará tu afrenta, oh dulce patria.

Y tú, noble inquietud de los mortales,
tú, amable pundonor, ven y embriaga
nuestro fiel corazón con tus dulzuras,

infunde un santo ardor en nuestras almas.

Pero, ¿quién a esta hora? ¡Oh Dios! Munuza.

(Se va.)

ESCENA III

MUNUZA, ACMETH, GUARDIAS con hachas a lo lejos.

ACMETH

Ya está la ceremonia preparada
con el mayor secreto. El sacerdote
mismo ignora el motivo, y de esta rara
resolución ninguno se ha instruido.
Sin embargo, la creo algo arriesgada:
pocas horas habrá que vi a Pelayo
profundamente triste. Si le ultrajas,
se ofenden sus amigos; de una afrenta
nace una sedición, y ésta quebranta
los nudos de la paz. También se ha dicho
que Pelayo esta tarde convocaba
los nobles de Gijón... En fin... Yo dudo...

MUNUZA

Nada dudes, Acmeth, ni temas nada:
yo voy a acelerar este himeneo,
y una vez concluido con su hermana,
será en él necesario el sufrimiento;
tal hay que corre ciego a la venganza
de un agravio, y al fin no la consuma;
el tiempo, el ruego y la razón le aplacan.
Pero acaso Pelayo o sus amigos,

¿osarán oponer su fuerza flaca
contra el único dueño de sus vidas?
Acmeth, todo promete a mi esperanza
un suceso feliz; aun el tamaño
de esta acción peligrosa y temeraria
basta para asustar a los cobardes.
Ve en busca de Hormesinda, haz que se traiga
a mi vista, yo quiero prevenirla.

ACMETH

Ella viene hacia aquí, señor.

MUNUZA

Pues marcha
y haz que todo esté pronto.

ESCENA IV

MUNUZA, HORMESINDA, INGUNDA, GUARDIAS con hachas a lo lejos.

HORMESINDA

Perdonadme,
señor, si vengo en hora tan extraña
a interrumpir vuestra atención; dignaos
de decirme si acaso mi desgracia
o vuestra ira alejan de mis brazos
a un hermano infeliz. Yo, desdichada,
podría consolarme en su presencia;
pero vos retiráis de cuanto ama
a un corazón que en nada os ha ofendido.

MUNUZA

Otra inquietud más grave y más infausta

ocupa el de Munuza en este instante,
y él os va a dar la última y más clara
prueba de su pasión y sus bondades.
Cuando intento mostraros de mi saña
todo el resentimiento, me detiene
no sé qué oculta voz que por vos habla;
vos ignoráis sin duda todo el riesgo
a que os expuso la cruel constancia
con que habéis resistido mis deseos.
Yo debiera odiar a una alma ingrata
que desahía mi amor, y este amor mismo
me inclina sin arbitrio a perdonarla.

HORMESINDA

Pues, señor, castigadme. Yo consagro
mi vida a vuestro enojo, y pues no bastan
a separaros de un horrible intento
los más santos derechos, vuestra saña
acabe de oprimir el triste resto
de mis amargos días.

MUNUZA

Pero, ingrata,
cuando olvidando mis ardientes celos
a perdonaros el amor me arrastra,
¿no oís en vuestro seno inexorable
alguna voz que apruebe de esta llama
el invencible ardor? ¡Cruel! ¿Vos misma
os obstináis en irritar mi saña?
¿Y sólo mis crueldades son objeto
de vuestro injusto ruego? ¡Quién pensara
hallaros insensible a los halagos

del trono y a la gloria soberana
de dar la ley sobre el paterno solio
y de enjugar los llantos de la patria,
reinando en el afecto de Munuza!
Pero, ¿qué, os lisonjeáis que más templada
mi violenta pasión...? No, yo no puedo
resolverme a perderos... Ni mi alma
podrá sufrir tan vergonzosa idea.
En este caso, el odio y la venganza
armarían mi brazo poderoso
contra un rival que logra vuestras ansias
y contra un falso amigo, cuya sangre,
de Munuza hasta ahora idolatrada,
la verterá Munuza a vuestros ojos,
si le creéis indigno de lograrla.
El amor la hizo objeto de mis ruegos,
el odio la hará el blanco de mi rabia:
sobre las ruinas del augusto trono
a que quise elevaros, la venganza
irá hacinando estragos y trofeos;
y en el torrente inmenso de mi saña
los restos infelices de una estirpe
que hoy respeta mi brazo serán gradas
por donde suba al soberano solio.
Pero, ¡ay, de qué me sirve esta esperanza,
si yo os pierdo, cruel! Entre mis glorias,
si vos no las hacéis dulces y gratas,
¿hallaré más que horror y desconsuelo?
No. Vos me ayudaréis a disfrutarlas
con vuestra mano. En fin, yo estoy resuelto,

el altar está pronto, preparada
la nupcial pompa y el ministro espera.
Sea, pues, vuestra mano ilustre paga
de mi pasión; venid conmigo al templo,
y lo que está en arbitrio de mi saña
concededlo al amor y a la ternura.

HORMESINDA

¡Cuán en vano esperáis que mi constancia
ceda a vuestro furor, y cuán en vano
pretendéis que, cobarde y asustada,
deje la senda en que el honor me puso!
El cielo, enternecido a mis instancias,
me va a hacer superior a vuestra furia;
vos ponéis a mis ojos la venganza,
su horror y sus ultrajes. Yo estoy viendo
muerto a Rogundo, y que en su pecho rasga
una mano cruel mi triste imagen;
sepultado mi hermano entre las altas
ruinas del imperio de sus padres,
me hace estremecer. Miro en las aras
arder cobarde el religioso fuego.
Desde el altar con mano ensangrentada
me ofrece una corona la injusticia...
¡Qué de engaños, oh Dios! ¡Qué de asechanzas
contra el honor de una infeliz doncella!
Pero este mismo honor, que es la más santa
de las obligaciones, el recuerdo
de mi cuna, la fe de mi palabra,
el amor, la virtud y el cielo, todo
sostiene y fortalece mi constancia

contra un amor cruel y artificioso.
Cuando vos completéis vuestra venganza
no estaré menos firme en mis intentos
por mantener la fe de mi palabra
y no violar un vínculo tan santo.
Vos veréis que, llorosa y resignada,
pierdo un hermano, pierdo un tierno esposo
y pierdo ¡ay Dios! la siempre dulce patria.
Después que esté desamparada y sola
me arrastraréis con mano temeraria
hasta el pie del altar; pero allí mismo
renovaré mi amor y mi palabra
al infeliz Rogundo, y pondré al cielo
por testigo de vuestra injusta, osada
y sacrílega acción. Sí, yo os lo juro,
y no esperéis, cruel, que vuestra llama,
el tálamo nupcial, ni los altares
le puedan arrancar a mi constancia
la más leve caricia. No. Munuza
será un verdugo eterno de mi alma.

MUNUZA

¡Oh Dios! Todos me insultan. ¡Yo no puedo
vencer esta pasión! Mujer ingrata,
yo os haré conocer... ¡Hola!, soldados.

ESCENA V

MUNUZA, HORMESINDA, KERIM, INGUNDA.

KERIM

Señor.

MUNUZA

Kerim, al punto con mi guardia
lleva a Hormesinda al templo. Yo te sigo.

HORMESINDA

Pero, cruel, no oís.

MUNUZA

Kerim, llevadla.
Yo pretendo agotar, fiera enemiga,
todo vuestro rigor.

HORMESINDA

¡Oh cielo!, ampara
mi inocente virtud en este trance.

ESCENA VI

MUNUZA.

MUNUZA

(Solo.)

No sé cómo es capaz la débil alma
de una mujer de tanta resistencia.
¡Algún genio infernal en sus entrañas
ha derramado el odio desabrido!
Todo el mundo me ofende. Todos tratan
de abatir mi altivez... Un brazo oculto
mi amor y mis proyectos desbarata.
¿Acaso el cielo injusto está de acuerdo
con los que me abandonan? ¿Qué, su saña
querría trastornar...? ¡Ah, qué martirio

para un pecho amoroso ver frustradas
tantas ideas dulces y halagüeñas!
Pero, ¿qué dudo? Amor, tu voz me llama
a poseer las gracias de Hormesinda;
tú mismo en los altares me preparas
una dulce coyunda, que ella misma
no podrá desatar. ¡Unión sagrada!
Tú no serás inútil. Son eternos
los santos nudos hechos en las aras;
no los puede romper un pecho indócil;
pero, aunque lo pretendas, alma ingrata,
¿qué me podrá importar, si te poseo,
tu odio pertinaz? Fortuna, acaba
de coronar mis dichas. Yo desprecio
un escrúpulo insano, que a mis ansias
se pretende oponer. Turbe otros pechos
el vil remordimiento, y el que afana
por ascender al trono, que no escuche,
importuna virtud, tus voces flacas.
Mas, ¿qué rumor se escucha tan extraño?
¡Oh Dios! ¿Qué puede ser?

ESCENA VII

MUNUZA, KERIM, SOLDADOS.

KERIM

Señor.

MUNUZA

¿Quién causa

este rumor, Kerim?

KERIM

Somos perdidos,
si no envías socorro a nuestra guardia;
en Gijón se conspira...

MUNUZA

¿Se conspira?
¿Y contra quién?

KERIM

Señor, casi se hallan
todos sus moradores conmovidos.
Apenas de nosotros escoltada
salía para el templo la princesa,
cuando el mismo Pelayo, puesto en arma,
y algunos de los suyos nos salieron
al encuentro. La vista de su hermana
le sorprendió al principio; pero viendo
que vuestra tropa al templo la llevaba
se arrojó hacia nosotros impetuoso,
se detiene, nos mira y con la lanza
en ristre y lleno de ira: «Moros, dice,
viles moros, no así con mano osada
profanáis el decoro de mi sangre».
Se vuelve hacia los suyos, les encarga
defiendan a Hormesinda, y nos embisten.
Todos siguen su ejemplo; vuestra guardia
les hace frente; el bravo Acmeth arriba,
todos se mezclan y la lid se traba.
Y yo viendo, señor, que este accidente
puede tener resultas bien infaustas,

me adelanto a avisaros.

MUNUZA

Entretanto

que voy a socorrerlos con mi espada,
parte, amigo, apresúrate. En el puerto
y en el castillo se hallan redobladas
las centinelas; llévalas al choque,
infúndelas aliento y haz que caiga
su rabioso furor sobre los viles.

Amor, haz tú sangrienta mi venganza.

(MUNUZA se retira por el fondo del teatro y KERIM entra al castillo por la puerta que sale a la escena, dejando en ella alguno de sus soldados, y vuelve a entrar a darle aviso luego que SUERO y los demás parecen en el teatro con HORMESINDA e INGUNDA.)

ESCENA VIII

HORMESINDA, INGUNDA, SUERO y algunos españoles.

SUERO

Señora, huid, buscad algún asilo.

Perdonad si no puede nuestra espada
daros otro socorro. Nuestro jefe
peligra, y en su vida soberana
tiene la patria su mayor apoyo.

Retiraos.

HORMESINDA

¡Oh, Suero! ¿qué, me encargas
que me retire? ¿Quieres que Hormesinda
sobreviva a la ruina de su patria?

SUERO

¿Y os queréis quedar sola? ¿Estar expuesta
a la furia...?

(KERIM vuelve a salir por la puerta del castillo.)

ESCENA IX

KERIM, los centinelas y los dichos.

KERIM

¡Ah, traidores!

SUERO

¡Qué desgracia!

Señora, huid.

KERIM

Dejad a la princesa,

alevosos.

SUERO

Primero, vil canalla

perderemos la vida en su defensa.

(SUERO y los suyos entran por el centro del teatro acuchillando a los moros.)

ESCENA X

HORMESINDA, INGUNDA.

INGUNDA

Venid, señora, huyamos; mis pisadas

os guiarán a algún asilo oculto.

No expongáis vuestra vida desdichada

al furor de unas tropas que nos buscan.

El hondo mar, las cóncavas montañas
resuenan con los gritos de los nuestros.
Lejos de este terreno, do las armas
van sembrando la muerte y los horrores,
la paz y los consuelos nos aguardan.
Corramos a implorarla.

HORMESINDA

¡Oh, cielo! ¿Dónde
podrán huir dos vidas desdichadas,
que vos abandonáis? ¡Ah!, vuestro ceño,
vuestro ceño descarga hoy sobre España
los últimos y más violentos golpes.
Munuza triunfa y su funesta rabia...
¿Munuza triunfa? ¡Oh, Dios! ¿Y qué destino
será el tuyo, mujer desventurada?
Tú vas a estar sobre el sangriento trono,
hecha el objeto de una torpe llama,
cercada de enemigos y de angustias.
Cuando lloren tus ojos la desgracia
de tu familia, el odio insaciable
traerá a tu presencia sepultadas
en horror y ceniza las ruínas,
las tristes ruinas de la augusta España.
El esposo... el hermano... tus apoyos,
víctimas de la furia sanguinaria
del opresor..., sobre sus tristes cuellos
pronta a herir la funesta cimitarra...
Llévame a su presencia, tierna Ingunda,
que nos una el tirano en la desgracia.
Y vos, gran Dios, que desde el alto trono

miráis tranquilo la aflicción de España
y la desolación de vuestro pueblo;
vos, cuya voz decide las batallas,
forma, ensalza y arruina los imperios,
¿queréis que el desenfreno y la ignorancia
profanen vuestra herencia y vuestro nombre?
Enviad, Señor, sobre la vil canalla
un ángel destructor que la extermine;
enviad un vengador de vuestra causa;
ved que sin este auxilio perecemos.
Que venga, que socorra nuestras armas,
que arranque la victoria a los infieles,
que los confunda, y triunfe la Ley santa.

ACTO V

ESCENA I

SUERO y algunos ciudadanos de Gijón salen por la puerta de la marina y se encaminan al castillo.

SUERO

¡Qué horror, oh santo Dios! De vuestra ira
los efectos se ven en todas partes.

La sangre corre y sobre nuestros muros
la muerte ha desplegado su estandarte.

Pelayo, nuestro apoyo, está en peligro.

¿Quién de vosotros, quién en este trance
no arriesgará la vida en su defensa?

Si un oportuno esfuerzo no sustrae

su persona del riesgo, nos perdemos.

Oprimidos los nuestros, todo el aire
pueblan de tristes y llorosos gritos,
y un eco pavoroso por los mares
va esparciendo el clamor de la venganza.

La victoria, que estuvo vacilante
hasta ahora, se inclina a los infieles,
y ya el león de nuestros estandartes
se humilla ante las colas africanas.

Pero permite el cielo favorable
que aún nos quede un recurso: este castillo,
que es al presente pavorosa cárcel
donde el valor de Asturias desfallece
y donde arrastra una cadena infame
la nobleza española, se ha quedado
sin centinela alguna; en el combate
siguen todos las huellas de Munuza.

Corramos, pues, a socorrer leales
a nuestros compañeros, franqueando
una salida al mar por la otra parte,
que corresponde al muelle... Mas, ¿qué veo?

(KERIM y algunos moros atravesarán el fondo de la escena persiguiendo a los cristianos.)

Los nuestros se retiran, y en su alcance
corren enardecidos los moriscos.

Amigos, al castillo, antes que acabe
de hacemos infelices la victoria.

(SUERO y los suyos entran al castillo y después se presenta PELAYO prisionero y ACMETH.)

ESCENA II

ACMETH

Sosegaos, señor, y perdonadme
si serví de instrumento a vuestra ruina.
Yo venero a mi rey en su estandarte.
Munuza es quien le rige y le obedezco.
Sin embargo, no miro vuestros males
con ánimo tranquilo. Vuestro brío,
siempre, a pesar del riesgo, incontrastable,
os ha hecho acreedor a nuestra envidia
y nuestra compasión.

PELAYO

El inconstante
capricho de la suerte eleva un día
lo que al siguiente sin razón abate;
un corazón constante nunca debe
ceder a estas mudanzas; los cobardes
se humillan al destino, pero el héroe
sufre inmóvil su halago y sus embates.

ACMETH

Ve aquí de la virtud el puro idioma.
¡Oh altivos españoles! ¡Oh almas grandes!
¿De qué te sirve el brío y la bravura,
tostado berberisco, si un desastre
lleva el desmayo al fondo de tu pecho?

PELAYO

(Mirando al fuerte y a la ciudad.)
Alto muro, testigo respetable
del antiguo valor de los astures,

llora nuestra desgracia; las edades
futuras en tus altos torreones
verán luego un padrón abominable
que publique y extienda nuestro oprobio
a la posteridad; el más brillante
blasón de tu grandeza, Gigia ilustre,
se ha convertido en vergonzosa cárcel.
¡Oh voluble fortuna! ¡Oh tristes tiempos!
Hormesinda...
(Viéndola.)
Munuza... ¡Ah, cuántos males
nos van a resultar de esta victoria!

ESCENA III

MUNUZA, HORMESINDA y los dichos.

HORMESINDA

(Viendo a su hermano.)

¡Pelayo! ¡Cruel momento!

MUNUZA

(A PELAYO con falsedad.)

¡Qué agradables

objetos me presentas, oh fortuna!

Acercaos, señor, felicitadme,

pues logro una victoria tan completa.

(Se retiran las hachas.)

Este día que empieza ya a anunciarse

con luz serena, aplaude mi ventura,

y el astro que le rige favorable

va a mostrarme en la cumbre de la gloria.
Ya vos no pensaréis en disputarle
a Munuza ninguna de sus dichas,
y pronta vuestra hermana a que se acaben
todas mis inquietudes, con su mano
honraré de mis triunfos el más grande:
así mi amor lo espera.

PELAYO

En fin, tú triunfas,
inhumano me insultas y me abates;
fascinados tus ojos, no conocen
que la fortuna adula tus maldades
con un honor fugaz y lisonjero.
Tú no temes al cielo, y esas frases
con que insultas la suerte de un rendido,
de tu pecho descubren el carácter.
Pero, vil, mi virtud, aunque oprimida,
sabr  arrostrar tus furias y tus artes.

MUNUZA

T  me hablas de virtud y sin embargo
supiste conspirar.

PELAYO

El que combate
por defender sus leyes y sus aras
conspira noblemente. Tus crueldades
han hecho justa y santa nuestra empresa,
y si no hubiese el cielo formidable
lidiado en favor tuyo, ya estaría
libre el mundo de un monstruo tan infame.

MUNUZA

No obstante, se ha dignado el mismo cielo
de proteger al monstruo que tú abates.
Reconoce, orgulloso, en estos golpes
las señas de su ira respetable.
Tú me llenas de injurias y baldones.
Pero, dime, insolente, ¿qué maldades
distinguen el gobierno de Munuza?
Si España está oprimida, los culpables
delitos de sus reyes con el cielo
su grandeza arrastraron al desastre.
Hecho el moro señor de todo el reino
por vía de conquista, su estandarte
se fió a la conducta de mi brazo,
y no quise oponer un insultante
desprecio a esta confianza, y como suele
doblar la frágil caña a los embates
del recio vendaval su dócil cuello,
mientras un soplo asolador deshace
toda la pompa del robusto roble,
cedí yo a la invasión de los alarbes,
pero fue por comprar con mis servicios
la salud de la patria; mis bondades
y la paz que ha reinado en estos muros
fueron un fruto ilustre de la infame
conducta que envilece tu osadía.
Tú lo sabes, infiel, tú disfrutaste
la mitad de mi gloria y mis derechos.
Tu engañosa amistad pudo inspirarme
el funesto deseo de una alianza
que ahora con orgullo insoportable

desdeña tu altivez; y después de esto,
¿querrías que Munuza abandonase
una idea tan justa y ya explicada?

¿Pudiera yo sufrir que en los altares,
posponiendo mi amor y mis deseos,
otros menos ilustres se aceptasen?

¿Pudiera ver que tú, sin mi noticia
y a mis ojos formabas otro enlace,
(Señala a HORMESINDA.)

disponiendo de aquella ilustre mano,
sin que este atroz desprecio me excitase
a defender mi honor y mis derechos?

Demasiado seguí la voz culpable
de una infiel amistad, y yo debiera,
sin escuchar sus gritos, glorïarme
de que puedo vengarme y oprimirte...

Sí, yo puedo oprimirte... Pero aún laten
en mi seno los plácidos impulsos
de una misma amistad, y más constante,
cuanto tú más ingrato y más rebelde,
mueve con fuerza oculta mis piedades...

Por última razón, yo voy al templo
a confirmar mi dicha en los altares;
ya todo se me humilla y nadie puede
oponerse a la gloria de este enlace.

Si vos le autorizáis, todo lo olvido,
y esta última prueba, que negarle
no debéis a un amigo que os perdona,
sellará mi fortuna y nuestras paces.

PELAYO

No lo esperéis, Munuza; muy en vano
renováis un proyecto abominable,
que oiré con horror mientras respire.
Yo no quiero admitiros a un enlace
cuyo recuerdo en los futuros siglos
haría mi memoria abominable.
Ni quiero que se diga en tiempo alguno
que aquel mismo Pelayo que constante
supo burlar las furias de Munuza,
fue a vista del suplicio tan cobarde,
que, manchando la gloria de su cuna,
mezcló a la de un traidor su ilustre sangre.
Tú me llamas ingrato; pero ahora
veo cuál era el fin de unas bondades
que yo no he pretendido y fueron hijas
de tu ambición perversa e insaciable.
Ella sólo ha regido tus acciones,
no el amor de la patria, cuyos males
son hoy de tu perfidia triste efecto;
unido estrechamente a los cobardes
hijos e imitadores de Witiza,
y hecho parcial de la facción infame
del falso don Julián y el traidor Opas,
fuiste de los primeros que al turbante
ofrecieron sus cultos en España.
Tú con estos rebeldes convocaste
a los feroces pueblos que habitaban
la inculta Berbería, y su estandarte,
junto al de los facciosos, en tu mano
fue susto, fue terror de los leales.

La destrucción, la muerte y los estragos
que lamenta tu patria, tanta sangre
vertida cruelmente en este sitio,
tantas víctimas tristes, cuyos manes
piden sobre estos muros la venganza,
son de tus intenciones execrables
eternos y funestos testimonios.

¡Y no tienes rubor de recordarme
los servicios que España te ha debido!

Tú, cuya autoridad es el infame
precio de la perfidia y las traiciones,
tú, que aún estás sediento de la sangre
de tus conciudadanos, ¿y tú quieres
que Pelayo consienta en un enlace
que manche eternamente su memoria?

No... no..., lejos de serte favorable,
rindo gracias al cielo, que propicio
en el último extremo de los males
me reserva el arbitrio de abatirte
con la vergüenza de un atroz desaire.

MUNUZA

Tú no tendrás, traidor, por mucho tiempo
tan bárbaro consuelo; los altares
van a ser los garantes de mi dicha,
y tú vas a morir. Tiembla, cobarde.
Una muerte afrentosa será el fruto
de tus baldones.

PELAYO

Sólo al que es culpable
debe asustar la muerte; el varón justo

la espera sin mudanza en el semblante.
Tú debieras más bien estremecerte,
contemplando la suerte miserable
que va a llenar tus días. Rodeado
de amigos lisonjeros, inconstante
en todos tus designios, receloso,
hecho el horror de todos los mortales
y entregado al voraz remordimiento,
vas a vivir inquieto, inconsolable,
aborrecido y lleno de aflicciones
sobre el injusto trono. En tus umbrales,
y hasta en el fondo oscuro de tu pecho,
continuamente asistirá la imagen
de la pálida muerte. Su presencia
vendrá a llenar de acíbar tus manjares,
tu lecho de inquietudes y de sustos;
y tu aprensión de los eternos males,
a que debe su brazo conducirte,
todo te dará horror; a todas partes
te seguirá mi sombra. Y en fin, siempre
llevarás arrastrando en ese infame
corazón, tu verdugo y tu suplicio.
Triunfa, pues, inhumano, triunfa, aplaude
tu dicha y mi infortunio, que algún día
pondrá límite el cielo a tus maldades.

MUNUZA

Baste ya de delirios. Profetiza,
hombre iluso, si quieres, mis desastres;
pero corre a sufrir los que merece
tu ciega obstinación.

(Hace seña a ACMETH de que se acerque.)

HORMESINDA

¡Oh duro trance!

¡Oh conflicto terrible y doloroso!

MUNUZA

Acmeth.

ACMETH

Señor.

MUNUZA

Haced que en el instante
se conduzca a Pelayo al más oscuro
calabozo del fuerte; que se arme
entretanto un suplicio en esta plaza;
marcha después al templo, y mientras arde
sobre el altar el nupcial incienso,
que muera el que se atreve a despreciarme.

HORMESINDA

Pero, bárbaro, dime...

MUNUZA

Nada escucho.

Que se cumpla mi orden al instante.

PELAYO

Sí... Yo voy a morir... Recibe, oh cielo
en sacrificio mi inocente sangre.

¡Ah!, pueda ella expiar todas las culpas
que irritan vuestro ceño... En este trance
recuerda, hermana tierna, tus abuelos,
tus leyes y tu honor...

MUNUZA

Acmeth, llevadle,

y haced que me reserven su cabeza.

Ella será, traidor,

(A PELAYO.)

en mis umbrales

horroroso espectáculo que asuste

a tus imitadores.

(ACMETH introduce a PELAYO en el castillo por la puerta que cae a la escena.)

ESCENA IV

MUNUZA, HORMESINDA, INGUNDA.

MUNUZA

(A HORMESINDA.)

Los altares

están prontos, venid; la resistencia

os será muy inútil, porque nadie

os puede defender.

HORMESINDA

¡Oh monstruo impío!

¡Hombre el más vil de todos los mortales,

asombro, horror y afrenta de tu siglo!

¿Qué espíritu infernal contra la sangre

más ilustre conmueve tus entrañas?

¿Qué furia vierte en ese pecho infame

la rabia pertinaz con que persigues

a una raza inocente? ¿Te persuades

a que podrá forzarme tu fiereza

a recibir en un funesto enlace

esa mano cruel, mano asesina,

que va a teñirse en la inocente sangre
del infeliz Pelayo? No, no quiero
unirme con un monstruo; los altares
serán sólo testigos de mi odio...

Pero si acaso en este mismo instante,
víctima del furor de tus ministros,
la vida de mi hermano... Si su sangre
está pronta a correr... Estoy mirando
el sacrílego acero sepultarse
en su cuello... ¡Qué horror! Yo me estremezco.
Ahora mismo un brazo formidable...
¡Cruel, suspende el orden inhumano...!
(A MUNUZA como fuera de sí.)
¿No escuchas los gemidos lamentables
que se oyen en el centro de la tierra?
¡Oh Dios, del hueco de las tumbas salen
las sombras de los que has asesinado!
Yo las oigo... Las veo... Mira, infame,
en las trémulas manos los cuchillos,
que están aún teñidos en su sangre;
sobre ti abren las oscuras bocas
y, fijando en tus manos criminales
la vengativa y macilenta vista,
corren despavoridas a buscarte;
todas ya te rodean... En tu seno
van a clavar rabiosas los puñales.
Huye, bárbaro... ¡Oh Dios, de nuevo se oyen
los tristes alaridos...! ¡Duro trance!
No puedo sostenerme, Ingunda.

(HORMESINDA cae desmayada en los brazos de INGUNDA, y a este

tiempo sale ACMETH apresurado por la puerta del castillo, y MUNUZA asustado le sale al paso.)

ESCENA V

MUNUZA, HORMESINDA, INGUNDA, ACMETH.

ACMETH

Presto, señor.

MUNUZA

¿Qué es esto, amigo?

ACMETH

Ahora salen

todos los prisioneros del castillo.

Mientras duraba el anterior combate

todo el fuerte quedó sin centinelas,

y aprovechando este feliz instante,

el traidor Suero y otros violentaron

las prisiones... Al punto los cobardes

corren y se apoderan de las armas;

furioso Rogundo a todas partes

lleva el horror, la muerte y el estrago.

Apenas a su vista formidable

se presentó Pelayo entre cadenas,

cuando lleno de ira y de coraje

se arroja entre las picas; hiere, mata,

atropella, y bañado en nuestra sangre

nos arranca la presa; el desdichado

Kerim muere a sus manos; el combate

prosigue sostenido por la guardia,

cuyos cabos, valientes y leales,

aumentan el destrozo. Pero todos
los sediciosos lidian implacables,
sin temor de la muerte, y los oprimen.
Yo os vengo a suplicar que en este trance
cuidéis de vuestra vida; de ella solo
pende nuestra victoria, y si faltase,
¿quién pudiera libramos de la rabia
de un pueblo enfurecido?

MUNUZA

¡Oh suerte instable,
hado perverso! ¡En qué profundo abismo
precipitas mi gloria en este instante!
¿Que conserve la vida me aconsejas,
y arriesgo la venganza? No, cobardes,
yo no os veré triunfar...

ACMETH

Señor, ¿adónde
corréis de esta manera?

MUNUZA

¡Almas infames!
Pues, ¿qué, podré sufrir que el vil Pelayo
salve su odiosa vida, y sin vengarme
volveré a estar expuesto a sus baldones?
La muerte me será más tolerable
que su infame presencia.

HORMESINDA

¡Justo cielo!
Yo empiezo a respirar, pero el combate
(Se oye ruido de armas.)
parece que de nuevo se ha encendido,

crece el rumor y cada vez más grande
se hace la confusión... ¡Ah, si los nuestros
cansados...! Mas, ¿qué veo? ¡Oh, Dios afable!
Protegedles.

ESCENA VI

PELAYO, algunos españoles y los dichos.

PELAYO

La vida, amigos míos,
no se debe apreciar en este instante;
perdámosla en defensa de la patria.

(PELAYO y algunos de sus amigos saldrán por la puerta del castillo a la escena, retirándose de los moros y peleando al mismo tiempo.)

MUNUZA

Acmeth, amigos, guardias; destrozadle.

HORMESINDA

Bárbaro, ¿dónde vais? ¡Ay, triste hermano!

(PELAYO pierde la espada y procura cobrarla, defendido de los suyos. MUNUZA corre hacia él con un puñal en la mano; en este tiempo se habrá descubierto ROGUNDO en el fondo de la escena, quien advirtiéndolo el peligro en que está PELAYO, corre a herir a MUNUZA; ACMETH, que advierte la acción de ROGUNDO, procura estorbarla para defender al tirano, de modo que interpuesto entre MUNUZA y PELAYO, defiende sin arbitrio la vida de éste y no la de MUNUZA, que cae herido por ROGUNDO.)

PELAYO

Sin la espada ya es fuerza.

ESCENA VII

MUNUZA y ROGUNDO

(Los dos a un tiempo.)

Muere, infame.

(MUNUZA corre a PELAYO y ROGUNDO a MUNUZA.)

ACMETH y HORMESINDA

(Los dos a un mismo tiempo.)

¿Qué haces, traidor?

(ACMETH queriendo estorbar a ROGUNDO, HORMESINDA a MUNUZA.)

MUNUZA

¡Ah, bárbaro, yo muero!

(MUNUZA cae en los brazos de ACMETH. PELAYO se asegura de HORMESINDA, y ROGUNDO, con los demás cristianos, sale persiguiendo a los moros.)

ROGUNDO

Compañeros, seguid a estos cobardes,
que el cielo nos protege.

ESCENA VIII

PELAYO, HORMESINDA, MUNUZA, ACMETH, INGUNDA.

PELAYO

Reconoce,
hombre cruel, en este horrible trance,
el brazo poderoso que me venga
y pone fin a todas tus maldades.

MUNUZA

Tú has vencido, traidor. El cielo injusto
sobre mí ha descargado en este instante
los tormentos que yo te destinaba;
yo pierdo un trono, pierdo un alto enlace

y pierdo, en fin, mis grandes esperanzas;
pero éste es el menor de mis pesares.
Tú vives, tú triunfas a mis ojos:
yo muero desairado y sin vengarme,
y esta idea, dos veces afrentosa,
me aflige y atormenta en este trance
aun más que las angustias que me cercan.
¿Por qué, oh muerte, has querido arrebatarme
la venganza más fiera y más gloriosa?

(A HORMESINDA.)

Acércate, cruel, mira en mi sangre
el fruto de mi amor y tus rigores.
Querido Acmeth, yo muero sin premiarte;
corre a excitar la ira de los tuyos,
llévalos mi rencor...

(A PELAYO.)

Tiembla, cobarde,
espera un fin igual al de Rodrigo.
Ya mis fuerzas... Amigo, separadme
de estos viles objetos que me cercan
y llevadme a morir en otra parte.

(ACMETH se lleva a MUNUZA.)

ESCENA IX

PELAYO, HORMESINDA, INGUNDA.

PELAYO

¡Ay, hermana, de qué terrible riesgo
nos ha librado el cielo favorable!

HORMESINDA

A Suero y a Rogundo les debemos
la vida y el honor. ¡Oh, tierno amante!
Pero él se acerca.

ESCENA X

ROGUNDO y los dichos.

(A ROGUNDO.)

¡Oh dulce y fiel esposo!
¿En fin puede mi afecto inalterable
gozar de vuestra vida sin zozobra?
Ya el tirano murió.

ROGUNDO

Tocó su infame
corazón esta espada; mas la muerte
fue justa recompensa de los males
que ha causado a la patria y a nosotros.
En fin, ya empieza España a recobrase
de una injusta opresión.

(A PELAYO.)

Y vuestra vida,
señor, es un anuncio el más constante
de los triunfos que el cielo nos ofrece.

PELAYO

Yo os la debo, señor, y en esta parte
a vos también se deberá la gloria.
Vamos, pues, a buscarla; vamos antes
que puedan los contrarios rehacerse;

huyamos de estos fúnebres parajes
a buscar un asilo en las montañas.
En su fragosa cima insuperables
seremos al orgullo berberisco,
y si entretanto llega algún instante
de menos inquietud, agradecida
dará Hormesinda a tan heroico amante
la apetecida mano.
(A SUERO, que sale.)
¡Tierno amigo,
nuestro libertador! Corre a abrazarme.

ESCENA XI

SUERO y los dichos.

SUERO

Ya todo está en quietud. Los agarenos,
que huyeron asombrados del combate,
van ya lejos del puerto; sus galeras
les dieron un asilo, y los cobardes
salvan, favorecidos de los remos,
el resto de sus vidas execrables.
Pero, señor, se sabe que Munuza
para poder mejor asegurarse
en sus viles ideas, ha pedido
socorro a los soldados que se esparcen
por las costas de Asturias y Vizcaya.
Ellos vendrán sin duda a este paraje
con el primer aviso, y pues nosotros

podimos redimir de tantos males
vuestra ilustre persona y nuestras vidas,
vamos, aprovechando estos instantes,
a buscar otro asilo más seguro,
donde la libertad que aquí renace
se afirme con acciones valerosas.

HORMESINDA

¡Oh, feliz día! ¡Oh, día memorable!

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es